

Emma Green

Cien facetas del Sr. Diamonds

11. Incandescente

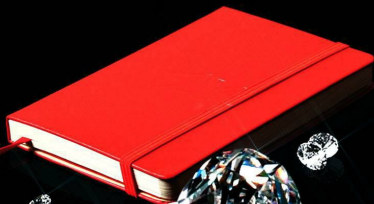


Addictive Publishing

Emma Green

Cien facetas del Sr. Diamonds

11. Incandescente



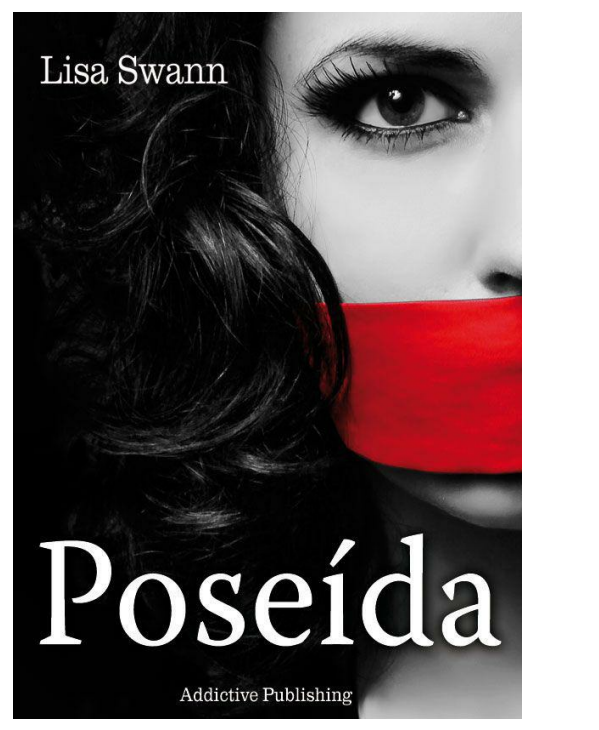
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Poseída

Poseída: ¡La saga que dejará
muy atrás a Cincuenta sombras de
Gre!

[Pulsa para conseguir un muestra
gratis](#)

A black and white close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and dark, wavy hair. A solid red rectangular band covers her mouth, creating a striking contrast with the grayscale image.

Lisa Swann

Poseída

Addictive Publishing

En la biblioteca:

Toda suya volumen 1

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

EMILY BROOKS



TODA SUYA
Volumen 1

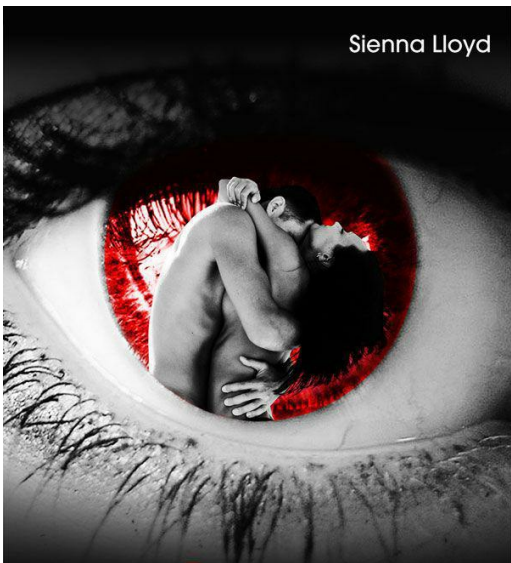
En la biblioteca:

Muérdeme

Una relación sensual y fascinante, narrada con talento por Sienna Lloyd en un libro perturbador e inquietante, a medio camino entre Crepúsculo y Cincuenta sombras de Grey.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

Sienna Lloyd



MUÉRDEME

VOL.1

Addictive Publishing

Emma Green

**Cien Facetas del Sr.
Diamonds**

**Volumen 11:
Incandescente**

1. Alta traición

*¡Hago lo que puedo, Eleanor!
Amandine es muy testaruda, no
dejará a Gabriel así como así...*

Estas palabras resuenan en mi cabeza y me dejan desencajada. Me dan sudores fríos y ardientes a la vez y, a mi alrededor, las paredes del salón me dan vueltas, siento

cómo el corazón se me acelera. Todo tiene explicación, las piezas del puzle por fin encajan: por eso mi intuición me ordenaba alejarme lo más posible de esta chica y de su curiosidad malsana. Iris no se ha colado en la vida de Tristan por casualidad, está en mi contra desde el principio. La belleza rubia de ojos de víbora está en una misión, es la espía de Eleanor...

Esta conclusión me hiela literalmente la sangre. Cuando al final le oigo decir: “*¡Hasta*

mañana!” y colgar, me entra el pánico. ¿Qué hacer? ¿Huir o responsabilizarme? ¿Evitarla o afrontarla? ¿Quedarme sin saber o conocer toda la verdad? Porque es precisamente lo que temo, tener que anunciarle al hombre que amo que he descubierto la manera de encontrar a su prometida desaparecida. Peor aún: anunciarle que la mujer que busca con tanto ahínco le busca a él también, a su manera. ¿Debo darle esta pista y hacer que se encuentren?

¿Y correr el riesgo de que me deje?

Estoy totalmente perdida en mis pensamientos cuando la puerta de la cocina se abre de sopetón y descubro el rostro asombrado de Iris. La rubia se detiene un momento, sorprendida por mi presencia. Luego se repone para retomar la compostura. Sus expresiones son neutras, impasibles, me mira fijamente sin rodeos y se dirige a mí...

—Amandine, ¿qué haces aquí?

Me encuentro frente a un dilema: confesarle que lo he oído todo y exigirle explicaciones o pretender lo contrario, hacer como si nada. También contemplo una última opción... ¡Arrancarle los ojos! Pero no tengo tiempo de vacilar, su mirada fría y sospechosa me interroga, debo tomar una decisión en el acto. Al final, me acuerdo del teléfono de Marion...

¡La excusa perfecta!

—He... he venido a devolverle el

teléfono a Marion. Pensé que estaría en casa.

—Pues no. Está comiendo con Louise.

Apenas percibo las palabras que salen por su boca. Solo con verla me dan náuseas, esta chica es tóxica, me pone enferma. Mi vocecilla interior se desata y le arroja secretamente todos los insultos habidos y por haber.

—Ah...

—¿Llevas mucho tiempo aquí? No te he oído entrar, estaba hablando

con una amiga por teléfono..., me dice, algo titubeante.

—No, acabo de llegar, no sabía que estabas en casa.

¿Te crees que soy tonta de remate, eh? Te vas a librar hoy, pero no sabes la que te espera...

—¿Y si no? ¿Qué tal con tu Diamonds? ¿Sigue en busca de la mujer de su vida?

¡Voy a hacer que te tragues la lengua!

—Sin novedades, la rutina. ¿Y tú? ¿Tristan y tú seguís tan

enamorados?

—Sí, doy gracias al destino cada día por haberle cruzado en mi camino..., añade dirigiéndome una sonrisa tan falsa como sus palabras.

¿Ah sí? ¿A eso le llamas destino? ¿Acostarte con alguien solo para espiar a su mejor amiga?

—A veces me pregunto si me lo merezco, vuelve a añadir al observar mi reacción.

¡Se pregunta si lo he oído todo, me pone a prueba!

—Yo también me lo pregunto. Tristan es un buen chico, no ve el mal por ninguna parte..., le respondo, sin dejar de mirarla.

—¿Insinúas que yo soy el mal?

Peligro... ¡Me va a pillar!

—No, simplemente señalo que Tristan concede su confianza con facilidad. Espero que seas digna de ella.

—Sois amigos, por eso entiendo tu reacción, pero me parece que eso nos concierne a los dos, ¿no?

—Parece interesarte mucho mi

vida amorosa, por eso me permito devolvarte con la misma moneda.

—Despiertas mi curiosidad, Amandine. ¿Qué hace una chica como tú con un multimillonario torturado? Tengo curiosidad, eso es todo.

—Yo también.

Esta conversación de besugos llega a su fin. Iris no parece inquieta, está convencida de que no he oído su conversación con Eleanor. Totalmente desmoralizada por este nuevo golpe del destino,

deposito el teléfono de Marion en la mesa del salón, le hago una señal con la mano a mi enemiga y me dirijo a la salida. Delante de la puerta, le hablo por última vez...

—¿Le puedes decir que le he traído el móvil, por favor?

—Sí. Y no dudes en volver, estoy segura de que tenemos muchas cosas de qué hablar. Pero la próxima vez, avisa en vez de plantarte aquí de improviso...

Ganas de matar...

—¡Me lo apunto!, le grito dando

un portazo al salir.

Tras este intercambio de alta tensión, volver a trabajar parece el peor de los calvarios. Solo tengo ganas de una cosa: de irme a casa y desplomarme en la cama, evadirme en los brazos de Morfeo. No reflexionar ni pensar, ese es un lujo que no puedo permitirme. He logrado arrastrarme hasta la salida del metro sin chocarme con otros usuarios, pero no prometo nada, todavía podría ocurrirme. Apenas veo a los que pasan, adelantándome

o cruzándose en mi camino en esta calle pretenciosa del octavo distrito que me lleva a la oficina. A fuerza de girar a toda marcha, mi cerebro corre el riesgo de implosionar. Darle vueltas no me ha conducido a nada, sigo entre dos aguas, incapaz de tomar una decisión. ¿Le revelo todo a Gabriel? ¿O le traiciono guardándome el secreto? No solo Eleanor sigue viva, Iris acaba de confirmármelo a sus espaldas, sino que no ha olvidado a mi amante. ¿Qué busca exactamente? ¿Cuenta

recuperar a su Diamonds y comenzar una nueva vida con él?

¡Adiós Amandine!

¡Por encima de mi cabeza!

Tienen un hijo juntos, no puedo competir con eso...

Al verme llegar con lágrimas en los ojos y con cara de disgusto, Marcus se pone al instante su traje de confidente psicólogo. Adopta un tono de voz suave y me lleva a la cafetería para prepararme un “*brebaje que te va a remontar la moral*”. O lo que es lo mismo: un

café con leche cremoso sabor vainilla.

¡Vaya que si remonta!

—Querida, pase lo que pase, no olvides que al final del túnel siempre está la luz.

—¿Pero qué dices Marcus? ¡No estoy en coma!

—Sabes a qué me refiero, la situación acaba siempre arreglándose...

—No estoy tan segura..., le digo, llorando como la que más.

—Amandine, querida, ¡me partes

el corazón! ¿Quién se ha atrevido a hacerte tanto daño? Dímelo, que le envío a mi perro feroz detrás de él.

—¿Lo has comprado al final, tu chihuahua?

—Sí, por fin soy papá. Es negro y blanco, y se llama Jackson Five. Sabes, por lo de: “*It doesn’t matter if you’re black or white*”, y eso. ¡Ah sí! Había cinco cachorros en la camada y el mío nació el último... de ahí lo de “*Five*”. ¿Lo coges? Jackson por Michael y Five por...

—Sí, Marcus, lo pillo.

—Me mata haberlo dejado solo todo el día en casa... Solo tiene tres meses, mi pobre tesoro.

—En tu lugar, me preocuparía sobre todo por el apartamento...

—No, mi Jackson sabe contenerse: he cogido la opción coqueto y limpito. ¡De tal palo tal astilla!, añade, partiéndose de risa.

—Por lo menos no te sentirás decepcionado. Los perros son fieles, a diferencia de otros...

—Bébetelo el café, querida, verás,

es una poción mágica para remendar los corazoncitos rotos. Si tu sexy boy te incordia, pasa al siguiente, la vida es demasiado corta como para...

—Hmm... ¿Os molesto?

Ferdinand de Beauregard, el *dandi* en jefe hace su aparición, igual de afectado que siempre en su traje de marca. Lanza una mirada que no da lugar a equívoco a mi colega favorito, que se escabulle después de acariciarme la espalda por última vez como signo de

solidaridad y compasión.

—¿Va todo bien, Amandine? No parece estar en buena forma. Le estaba esperando para hablar del planning de Londres, pero eso puede esperar.

—No, no he pedido un trato favorable, voy a buscar mis apuntes y...

—¿Qué trato favorable? ¿De qué me habla?

—Me parece que usted me trata de forma diferente a los demás empleados. No sé por qué.

—Es usted muy imprevisible Amandine, quizá demasiado. ¿Se puede saber a qué se deben estas reflexiones?, me pregunta con una sonrisa exasperante en los labios.

—Lo sabe muy bien.

Tirarte a mi mejor amiga solo para ponerme celosa, por ejemplo...

¡Pues no lo has conseguido!

—No tenga miedo de expresarse, Amandine. Dígame lo que piensa de verdad.

—Ha manipulado a Marion...

Para hacerme daño.

—Un poco sí. Pero no solo por eso. Su amiga es... encantadora. Y créame, hice que se lo pasara bien.

—¿No le molesta aprovecharse así de las mujeres? ¿Utilizarlas y luego tirarlas? Los hombres como usted me repugnan. Nos tratan como a objetos, con fecha de caducidad pegada en la frente... o en otra parte.

—Baje le volumen una raya, Amandine. Por un lado, se trataba de una relación entre adultos que

consintieron. Y por otro, usted no es la más indicada para dárselas de perro guardián, me parece que su Diamonds tiene también cierta... reputación.

—Se equivoca en todo...

—Ya lo verá, acabará abriendo los ojos. Sobre él, sobre mí, sobre todos. Hablaremos mañana de Londres, preséntese en mi despacho a primera hora. Buenas tardes, señorita Baumann.

¿Con usted cerca? Imposible...

Son casi las 10 de la noche

cuando Gabriel aparece tocando a la puerta de mi apartamento, bastante más confiado que el día anterior, como acostumbra. El hombre al que abro la puerta está sereno, alegre y condenadamente guapo. No me esperaba volverle a ver tan pronto, todavía tengo muy presentes las emociones de la noche anterior, a pesar de que Iris ocupa ahora la mayor parte.

El 99 % para ser exactos...

En un arrebato pasional, mi amante sublime me levanta del

suelo y me besa ardientemente, sin sospechar de mi desasosiego. Tomada por sorpresa, me dejo llevar con mucho gusto y durante unos segundos, logro olvidarme de todo. Luego, mi multimillonario me vuelve a posar en el suelo y me ofrece la sonrisa más tierna del mundo. Es demasiado para mí, mi cerebro torturado me ha quitado todas las fuerzas y sin darme cuenta, se me caen las lágrimas. Inquieto y conmovido, Gabriel se apresura a hacerlas desaparecer de

mi rostro.

—Mi Amande dulce, ¿qué ocurre?

¡Dile la verdad!

¿Estás loca? ¡No digas nada!

Acabará sabiéndolo y lo pagarás caro...

¿Acaso quieres que encuentre a Eleanor? ¡Cállate!

—¿Amande?, vuelve a decir. Estoy aquí, no me voy a ningún sitio hasta que no me digas lo que te preocupa. ¿Es por Beauregard?

—No, no tiene nada que ver con él. Estoy... agotada.

—¿Estás segura? ¿No tienes nada que decirme respecto a él?

—¿De qué me hablas? ¿Por qué no te olvidas de él? Te pasas el día alertándome contra él, pero te repito, me...

—Sé que sale con Marion, añade fríamente interrumpiéndome. Y me pregunto si es eso lo que te pone triste. O peor aún, celosa.

—¿Cómo lo sabes?

—He contratado un detective...

—¡¿Perdona?!, le digo ruborizándome.

—Amande, cálmate, solo quiero asegurarme de que permanece alejado de ti a una distancia aceptable.

—¡Estás completamente chiflado, Gabriel! Si no detienes todo eso de inmediato...

—¿Qué? Acaba tu amenaza, Amandine, quiero oír lo que sigue.

—Quiero que entiendas de una vez por todas que Ferdinand de Beauregard no es más que mi jefe, que nuestra relación es estrictamente profesional. Me

importa un comino que se acueste con todo el mundo, no me atrae, ¡solo te quiero a ti!

—¿Eso mismo le has dicho a Marion?

—Todavía no he hablado con ella, acabo de enterarme de que se acuestan juntos. Es mi mejor amiga, voy a intentar protegerla, eso es todo. Me niego a que le haga mal. Y si interpretas eso como celos, no hay nada que yo pueda hacer.

—Sé que no te gustan mis métodos, pero cuido de lo que me

pertenece. Es duro para mí, estoy siguiéndole la pista a una cobarde que nos ha traicionado a mi hijo y a mí. Ya perdí una vez a la mujer que amaba, no volverá a ocurrirme.

—¿Y cómo debo tomármelo? No confías en mí, me espías, acosas mis más mínimos gestos y acciones y los de mi entorno. Después de todo, eres tú el que ha elegido perseguir a tu ex, ¿eres tú quien me abandona! Y soy yo la que estoy muerta de miedo porque me dejes por ella, soy yo la que más sufre.

Gabriel, ¿no lo ves? No vivo desde que recorres el mundo entero por encontrarla, desde que luchas como un animal por ella... ¡y no por mí!, le grito sollozando.

—¡Sabes bien que lo hago por Virgile! La odio, ¡jamás podría volver a amarla después de lo que nos hizo!

—Quisiera creerlo, pero...

—Amandine, ¡moriría por ti!, me grita abalanzándose sobre mí.

Mi amante feroz posa sus manos en mi cara y me obliga a mirarle a

los ojos. Intento deshacerme de su influencia, todavía aturdida por algunas de sus revelaciones, pero Gabriel resiste.

¿Espiar a mi jefe, y qué más?

Como si un email amenazador no fuera suficiente...

—Deja de huir de mí, Amandine, deja de desafiarme, deja de dudar de mí, me pone enfermo, ¡me pones enfermo! Estoy dispuesto a todo por ti, a lo mejor y a lo peor, precisa, colérico.

Su boca se posa sobre la mía y

se abre paso, disuadiendo toda tentativa de resistencia. El mismo esquema se repite una vez más, y soy consciente de ello. Empiezo a acostumbrarme a estas disputas que se saldan con un asedio divino y pacificador. Cuando nos faltan las palabras, los argumentos, nuestros cuerpos toman el relevo y nos hacen regresar al buen camino. Nos olvidamos de todo, nos vaciamos, disfrutamos el uno del otro, sin ninguna otra expectativa que un placer efímero pero estremecedor,

eso es lo que espero.

Unas horas después de esta reconciliación sobre la almohada, “*Blame it on the boogie*” de los Jackson Five resuena e interrumpe precipitadamente mi sueño. Otra de las bromas de Marcus: ha descargado la melodía y la ha instalado en mi teléfono a mis espaldas.

Bien le haría tragarse su dichoso chihuahua...

A mi lado, Gabriel masculla y se agita, medio despierto. Me

escabullo discretamente de la habitación, descolgando el teléfono sin siquiera echar un vistazo al rostro que aparece en la pantalla.

¡Sea quien sea, me va a oír!

Reconozco inmediatamente la voz de mi mejor amiga. Al otro lado de la red, Marion parece terriblemente molesta...

¡Y con razón!

—¡Amandine! No pensé que ibas a descolgar, siendo tan tarde...

—He olvidado poner el móvil en silencio. Y por cierto, veo que has

recuperado el tuyo.

—Sí, gracias por habérmelo traído. Y perdona por... ya sabes... Ferdinand.

—Marion, haz lo que quieras, no soy tu madre, pero podías haberme avisado. Es mi jefe, te lo recuerdo. Y ten cuidado, oculta bien su juego, pero no es tan caballero y tan encantador como parece...

—Lo sé, no me hago ilusiones. Y era la primera vez...

—¿Y la última?

—No lo sé, depende de él. En

cualquier caso, ¡vale la pena!

—Puedes ahorrarme los detalles, gracias. Por cierto, tengo algo más importante que decirte...

—¿El qué?

—Es sobre Iris.

—Dime.

—Le he oído hablar con una tal Eleanor por teléfono..., le digo cuidando de bajar la voz.

Si Diamonds me oyera...

—...

—Esta peste me la tiene jurada, ya me lo temía desde el principio,

tenía un mal presentimiento. No sabe que la oí, le hice creer que no sabía nada. No sé qué hacer, dudo en contarle todo a Gabriel pero ¡tengo tanto miedo de que encuentre a Eleanor! Y que desaparezca de mi vida de la noche a la mañana... Solo de pensarlo me pone enferma.

—...

—¿No me dices nada? ¿Te das cuenta de que esta chica se ha colado en nuestras vidas, incluida la de Tristan, solo para espiarme? Estoy convencida de que Eleanor le

ha enviado para recolectar información y llevar a cabo su plan maquiavélico: ¡Recuperar a Gabriel! ¡Mi Gabriel!

—...

—¡Marion! ¡Di algo!

—Vas a odiarme..., acaba diciendo con una vocecilla.

—¿Qué dices?

—Yo lo sabía... Sabía que estaba en contacto con Eleanor.

Cuelgo sin reflexionar, totalmente agobiada por lo que acabo de oír. Me cuesta respirar,

moverme, mi cuerpo no responde. Acabo de recibir una enorme bofetaza, un mazazo. La confesión de mi mejor amiga me ha herido profundamente, pensaba poder contar con su lealtad incondicional, pero me equivocaba. Esta vez, su traición es la gota que colma el vaso.

*Cualquier otro menos ella...
¡Marion no!*

Doy vueltas al apartamento durante largos minutos, recorro las habitaciones sin saber adónde ir,

intentando calmarme y controlar mis lágrimas, pero es un esfuerzo en vano. Acabo volviendo a Gabriel en el dormitorio, haciendo el menor ruido posible para no despertarle.

Ni despertar sus sospechas...

Me recuesto lo más silenciosamente posible en mi lado de la cama, pero ese simple movimiento basta para alarmar a mi amante. Se gira hacia mí, posa su rostro en mi cuello, y se dirige a mí con una voz a la vez adormilada y tremendamente sexy...

—¿Va todo bien, Amande?

—Sí, solo era Marion, vuélvete a dormir..., respondo sin lograr disimular mis emociones.

Gabriel se incorpora inmediatamente, inquieto y totalmente alerta. Me mira fijamente con su mirada metálica y me habla más claramente.

—Háblame. Sé que me ocultas algo.

Si se lo cuento, le voy a perder...

Sin pensar, paso a la ofensiva

para evitar revelarles mi secreto. Le beso suavemente, acariciándole la cara con el dorso de la mano, después su torso. Sorprendido en principio, mi Apolo acaba respondiéndome a ese beso, que se vuelve más ardiente. Suspira de deseo, mientras nuestras lenguas se entrelazan y nuestras manos se recorren. Siento su cuerpo tensarse, al tiempo que mi intimidad palpita de impaciencia. Ya desnudo, sacude mi camiseta, luego mi short a juego con una facilidad

desconcertante. Nuestros últimos retozos se remontan a apenas unas horas, pero mi multimillonario ya se ha puesto firme. ¡Yo también, por cierto! Excitadísima, no me preocupo de cerrar la doble ventana que da al patio.

Durante más de una hora, mi amante insaciable se da en cuerpo y alma para ofrecerme las caricias más suaves, los castigos más tiernos, para infligirme todas las deliciosas sevicias cuyo secreto conoce. Yo le ofrezco todo mi ser,

me abandono bajo sus manos expertas e implacables. Jadeo, suspiro, gimo mientras él gruñe de excitación haciendo que me corra varias veces. Al final, cuando mis últimas fuerzas están a punto de escapárseme, nos abrazamos al unísono, en un último orgasmo de potencia magistral. Las paredes tiemblan y nuestros gritos hacen eco en todo el patio de mi edificio, hasta entonces tan apacible... Nos desplomamos, satisfechos, agotados y nos reímos con la idea de haber

despertado a todo el barrio.

—Parecías tan inocente cuando te conocí..., ironiza Gabriel pasándome una botella de agua fría recién salida del frigorífico americano.

En la penumbra de mi cocina rutilante, no puedo evitar devorar su cuerpo escultural con la mirada. Como Dios lo trajo al mundo, la belleza de Gabriel corta la respiración.

—Lo era. Usted influye muy negativamente en mí, Sr. Diamonds.

—Lo mismo podría decir de usted, señorita Baumann. Nunca he sentido tanto deseo por una mujer... Y usted sabe utilizar muy bien sus encantos, no se haga la inocente.

—Una mujer debe hacer lo que haga falta para evitar que su hombre esté tentado de ir a buscarlo a otra parte...

—Créeme, Amande, la tentación está justo enfrente de mí..., me dice, casi amenazando.

—Es bueno saberlo..., le respondo bebiendo un trago de agua

sin dejar de mirarle.

—Intentas volverme loco, ¿verdad? Ten cuidado Amande, nunca me canso de ti...

A ambos lados de la barra, nos miramos fijamente, inmóviles y con escalofríos. La tensión sexual es palpable, pero no estoy segura de que mi cuerpo sobreviva a otra nueva partida de sexo endiablado. Gabriel se muerde el labio y ese sencillo gesto me indica que más me vale salir pitando lo antes posible... En cuanto doy un paso,

mi amante dominante me imita y el abismo entre los dos no hace más que estrecharse. Dudo entre las ganas irreprimibles de ofrecerme una vez más a él o resistirme. Este jueguito del gato y el ratón me excita sumamente, y decido hacer que dure, no rendirme.

*Atrápame si puedes,
Diamonds...*

—¿Adónde crees que vas, así? Has despertado mi instinto de cazador Amande, hagas lo que hagas serás mi presa..., añade, con

un destello intenso en su mirada.

—¿Y si me niego?

—No haré nada sin tu consentimiento. Pero veo claramente que tienes tantas ganas como yo...

Seguimos dando vueltas sin sentido, sin dejar de mirarnos a los ojos un momento. Soy consciente de que la partida está perdida de antemano, que Gabriel acabará obteniendo lo que desea... y yo también, al mismo tiempo. Pero todavía no estoy dispuesta a ceder,

¡quiero hacerme desear!

—No te gusta que se resistan...
Pues qué pena, a mí me encanta,
resistirme.

—Te conozco de la A a la Z,
Amande. Quieres tu libertad, pero
también te gusta que te dominen.
Intentas desestabilizarme, pero
ninguna de tus facetas me escapa...

—¡Me gustaría poder decir lo
mismo!

—Si dejas que me acerque, podré
quizás ayudarte a evaluarme
mejor...

—¿Crees que voy a tragarme el anzuelo tan fácilmente?

—Sí. Mira, he ganado terreno...

Gabriel tiene razón, no estamos muy lejos el uno del otro, incluso si la barra de madera barnizada le impide aún hacerse conmigo.

No por mucho tiempo...

—¿Qué tienes pensado hacerme?

—Todo.

—¿Y más concretamente?

—Deja que te muestre...

Sin que me dé tiempo a huir, da la vuelta a la barra, me toma por las

caderas y me arrima junto a él riéndose orgulloso. Mi grito de estupor queda ahogado por sus labios frescos que se posan en los míos y ya siento un calor suave propagarse en mi vagina. Me besa más profundamente y gimo bajo los asaltos de su lengua ávida y aventurera. Sus manos se desatan y recorren mi cuerpo, desplazándose a su manera. Con un gesto seguro, se sienta en una de las sillas, me coloca a horcajadas sobre él y separa las piernas, para abrir más

mis muslos. Posa una mano en la curva de mis riñones, y la otra se aloja en el hueco de mi entrepierna. Su pulgar dibuja círculos alrededor de mi clítoris, luego, dos de sus dedos se hunden en mi intimidad y me visitan en lo más profundo. Al tiempo que jadeo sensualmente, me arqueo al máximo. Mis pechos apuntan en dirección del cielo. Su boca se apodera de mis pezones, los mordisqueea sin reservas y yo dejo la tierra definitivamente.

Tras largos minutos de divinos

suplicios, mi amante excitado y duro como la piedra me atrapa bajo las nalgas para facilitar su inserción. Su inmenso y palpitante sexo se hunde en mi feminidad, vuelve a salir, luego se hunde de nuevo. Repite esta maniobra demoniaca varias veces, antes de penetrarme más brutalmente, más profundamente. Mi Apolo dominador hace lo que quiere conmigo, comienza un vaivén lúbrico y seductor, que me arranca estertores de placer. Me posee, mi

cuerpo y mi espíritu están a su merced, a las órdenes de su virilidad insaciable y absoluta. Sus gruñidos se vuelven más roncós, más cercanos e intuyo que se acerca su orgasmo. Aprovecho para agarrarme a su cabello y para morderle salvajemente el lóbulo de la oreja, como para mostrarle que no tiene todo el control, que por mucho que me posea no le confiero todo el poder. Al final, alcanzamos el orgasmo al unísono, y Gabriel grita una última vez, de dolor y de

éxtasis. Caigo en sus brazos, agotada y encantada de sentir su piel ardiente contra la mía.

Son casi las 5 de la mañana cuando volvemos a nuestra cama *king size* y nos abandonamos en un profundo sueño, acurrucados el uno junto al otro, con nuestros cuerpos aún temblorosos y doloridos.

2. Tan lejos, tan cerca

Gabriel presiente un nuevo indicio, se ha vuelto a ir siguiendo la pista a esta mujer que tanto odio sin ni siquiera conocerla. Todavía ignora que Iris me confirmó una información de suma importancia: mi enemiga jurada, sosia maldita, mi rival definitiva está viva, sin

lugar a dudas. Peor aún, Eleanor está al acecho, nos espía a distancia, dispuesta a deshacerse de mí, a pulsar la tecla “borrar” cuando juzgue el momento oportuno. Un detalle en particular me escapa y me preocupa: ¿por qué ahora? ¿Por qué ha elegido reaparecer en este preciso instante? Gabriel ha pasado página al fin, se ha decidido a volver a amar, a rehacer su vida, conmigo...

Piedad, que no cambie de opinión...

No le he dicho nada de mis últimos descubrimientos. Al mentir al hombre al que amo, me arriesgo a perderle, soy consciente de ello, pero esto me supera, me niego a ser quien le conduzca hasta su ex prometida. Desde hace cuatro días, la sombra de este secreto planea peligrosamente por encima de mi cabeza, pero la ausencia de mi amante me ayuda a morderme la lengua. Por primera vez desde que me enamoré perdidamente de Diamonds, dudo en reunirme con él

esta tarde. Siento una mezcla de
impaciencia, excitación y...
angustia.

*Me conoce mejor que nadie...
Va a presentir que le escondo
algo.*

*¡Deja de escucharte y reacciona
Amandine! No lo olvides, es ella o
tú...*

Por suerte, Adèle, la
recepcionista de la Agencia Models
Prestige, pone fin a las
elucubraciones de mi vocecilla
interior. Ofreciéndome una sonrisa

digna de un anuncio de dentífrico blanqueador, me entrega un pequeño paquete.

—Señorita Baumann, ¡está en la luna! Ánimo, solo queda un día para el fin de semana... Su amiga Marion intenta contactarla desde las 8 de la mañana, he anotado todas sus llamadas.

—Buenos días, Adèle, gracias por haberme pasado el mensaje, pero la próxima vez que llame, dígame que no deseo hablar con ella. Y por favor, ¡llámeme Amandine!

—Se supone que debo atenerme a los apellidos. Órdenes de la dirección.

—Puede hacer una excepción conmigo. Quedará entre nosotras...

Intercambiamos una mirada cómplice y me alejo en dirección del ascensor que me lleva al séptimo piso del edificio haussmaniano. La actitud de mi supuesta mejor amiga me exaspera sobremanera. Me ha traicionado al ocultarme la verdadera identidad de Iris, lo sabía todo y no me dijo

nada, pero que no se espere que vaya a perdonarla en el acto. Desde hace tres días me bombardea con llamadas, mensajes, ¡incluso me envió sushis a domicilio anoche! Como si un bol de arroz pudiera hacerme olvidarlo todo...

Bien le habría hecho tragarse el wasabi a cucharillas...

Con inmensa decepción descubro la ausencia de Marcus. Su despacho está desesperadamente vacío, y cuando Isabelle, la contable, me confirma que está

enfermo, mi morosidad se decuplica. Mi compañero preferido habría logrado devolverme la sonrisa, estoy segura, pero parece ser que hoy, Jackson Five será el único que disfrute de su presencia reconfortante. Aunque un Marcus griposo no sé yo...

Él mismo se considera un drama queen y un remilgado... ¡No debe ser muy agradable!

Dejo de apiadarme de mi destino un minuto para enviarme un mensaje. Si alguien merece que le

mimen, es él.

[Mi Marcus, ¡qué largo se me va a hacer el día sin ti! Te envío todas mis ondas positivas para que te recuperes pronto. P.D.: de forma excepcional, te autorizo a que te atiborres lloriqueando delante de comedias románticas.]

[Pensándolo bien, me dan muchas ganas de fingir una migraña para reunirme contigo... ¿Te queda sitio bajo la funda nórdica?]

Apenas dejo mi móvil que se pone a vibrar frenéticamente.

Veo que la fiebre no ha alterado sus funciones cognitivas... ¡Teclea más rápido que su sombra!

[Querida, yo también te echo de menos. Por suerte, tengo a mi hijo peludo y a Bridget Jones para hacerme compañía (me conoces demasiado bien...). Y no tengo prevista una crisis de bulimia: ¡no hay enfermedad que valga saltarse la dieta!]

[Ah, se me olvidaba: te invitaría a venir bajo mi funda nórdica, pero a FDB no le haría ni pizca de

gracia. Sabes bien que no puede prescindir de ti...]

Medio divertida y medio molesta por sus comentarios, le respondo al instante.

[Cúrate bien, mi gordito picarón. Quiero verte en forma el lunes, ¡soy yo la que no puede prescindir de ti!]

En un tiempo récord, mi smartphone vibra de nuevo...

[¿Gordito? ¡¿Estoy soñando o me has llamado gordo?!]

Me río sarcásticamente

guardando el teléfono en el bolso, para no ceder a la tentación de responderle. Incluso ausente, Marcus logra embellecer mi mañana.

A diferencia de Marion...

Al abrir mi cuenta de email, descubro cuatro emails no leídos, todos provenientes de la señora descocada. Dudo en leerlos, convencida de que su contenido hará que pierda repentinamente mi buen humor. Al final, me vence la curiosidad. Los tres primeros no

son muy interesantes, Marion se deshace en disculpas sin gran contenido. Sin embargo, el último...

De: Marion Aubrac

A: Amandine Baumann

Asunto: La verdad sale siempre de la boca de los... Aubrac

Bueno, quería hablarte de esto de viva voz, pero como insistes en

ignorarme... ¡Ahí va toda la verdad!

Aproximadamente una semana antes que tú, yo también descubrí que Iris estaba en contacto con Eleanor. Le oí hablarle por teléfono. Primero pensé que no tenía que ver con ella, que era una coincidencia. A fin de cuentas, hay muchas Eleanor. Pero tuve mis dudas, así que me puse a espiarla.

¡Fíjate, esta i***** le llama todos los días! Y se pasa horas hablando de ti y de Diamonds. De

paso, no duda en ponernos a parir a mí y a Tristan. ¡No se salva nadie!

Si no te he revelado nada, era para protegerte. Sé que vas a responderme: “*Excusa no válida*”, pero es verdad. No quería hablaros ni a ti ni a Tristan hasta no estar segura. Quería ofreceros información concreta, acercarme a ella para saber más.

Hoy me doy cuenta de que no ha sido el mejor enfoque...

Amandine Baumann, te pido solemnemente que me concedas tu

perdón y que te unas a mí en mi búsqueda: desenmascarar a esta rubia de bote y sobre todo, hacerle pagar por su traición.

Juntas somos más fuertes, ¿no?
Te echo de menos,
Marioneta

Debo reconocer que este email acaba de responder a numerosas incógnitas, pero no bajo la guardia. No sé qué mosca les ha picado,

pero desde que Diamonds entró en mi vida, mis allegados parecen estar decididos a decepcionarme, de una forma u otra. No pretendo ser perfecta, ni estar al abrigo de cometer errores, pero sería incapaz de ocultar algo así a Marion...

*Pero mentir a Gabriel...
¡Hipócrita!*

Sí, bueno...

Me dispongo a responder a mi mejor amiga para enterrar el hacha de guerra, pero la melodía de mi teléfono fijo me interrumpe.

—Amandine, soy Ferdinand.
¿Puede venir a mi despacho?

Para no perder la costumbre, el jefazo cuelga antes de que me dé tiempo a responderle. De todas formas, su pregunta no da lugar a vacilación alguna: cuando Beauregard solicita a alguien a su despacho, se obedece sin rechistar. Por el camino, me tomo no obstante la licencia de enviar un mensaje a Marion...

[Gracias por tu email. Tienes razón, siempre es mejor juntas. Lo

hablamos este fin de semana...]

Al entrar en el antro del *dandi* en jefe, descubro una taza de café depositada en mi lado de la mesa de cristal. Cuando percibe mi presencia, Ferdinand me escudriña rápidamente de la cabeza a los pies, y luego me invita a sentarme.

—Buenos días Amandine, muy acertada la asociación de rosa y naranja de su top fluorescente, perfecto con la falda recta. Entiende el color-block, me recuerda a la última colección de Marc Jacobs.

¡Un verdadero genio, este tipo!

El señor está de buen humor...

¿Se puede saber por qué?

—Beba el café antes de que se enfríe, me indica al instante. Quisiera que viéramos juntos rápidamente el programa de la próxima semana. Toma el café sin azúcar, ¿o me equivoco?

—No, está perfecto.

—La gente ya no sabe apreciar las cosas buenas. No hay nada mejor que un café solo para comenzar la mañana. Y una ayudante sublime

con la que compartirlo...

Despacito, Beauregard...

—Por dónde iba... Salida el lunes por la mañana a las 10, vuelta el jueves por la tarde. Prevea varios trajes, nuestro planning está bien cargado. Encuentros con diseñadores, sesiones de fotos, entrevistas y por supuesto, la gran gala organizada por la Agencia. Para esta ocasión, le ofreceremos un vestido...

—¿Un vestido?

—Saint-Laurent o Gaultier, no lo

sé todavía. Pero no se preocupe por eso, usted estaría perfecta hasta con una bolsa de la basura a la espalda.

¿Eso es un cumplido?

—Marcus nos acompañará, ¿verdad?

—Sí, como encargado de comunicación, su presencia es indispensable. ¿Le alivia que venga?

—¿Qué quiere decir?

—¿Le resulta... peligroso encontrarse sola conmigo?

—No.

—¿Molesto?

—Tampoco.

—¿Excitante?, me pregunta esta vez con una gran sonrisa.

—¿Ha terminado? ¿Puedo volver a mi despacho?, le digo intentando mantener mi formalidad.

Durante varios segundos, nos miramos fijamente sin bajar la mirada. Al final, yo capitulo y me abandono en una carcajada, acompañada por este hombre con aire de top model pero de lo más irritante. Debo admitir no obstante

que mi director general no está solo hecho de defectos: tiene la dichosa tendencia a mirarme con ojos tiernos, a acostarse con mi mejor amiga, pero tiene el don del humor, al que es difícil resistirse. Asiente con la cabeza y salgo de su despacho, con una sonrisa en los labios. Esta última se disipa rápidamente cuando me doy cuenta de que voy a tener que abordar con Gabriel el tema peliagudo del viaje a Londres.

Cuatro días lejos de él... En

*compañía de Beauregard...
¡Ayayay!*

Son casi las 8 de la tarde cuando por fin me voy de la Agencia y me alejo de los Campos Elíseos para tomar la dirección del parque Monceau. Mi amante adorado me espera con impaciencia, he hecho un esfuerzo de bárbaros para impedir que venga a buscarme al despacho. El riesgo de que se cruce con Ferdinand y su labia es demasiado grande. Veinte minutos más tarde, ahí estoy frente a la

pesada puerta del suntuoso inmueble privado. Soledad me saluda rápidamente y me invita a reunirme con el propietario en su despacho. Por una vez, la rígida conserje no parece descontenta al verme, parece haberse suavizado. Me arriesgo a hacerle algunas preguntas...

—Gabriel me ha dicho que la Sra. Diamonds y Virgile se han ido del edificio recientemente. ¿Todo fue bien?

—Señorita Baumann, sé que es

usted una joven perspicaz. ¿Usted qué cree?

—¿Prudence también le ha hecho la vida imposible a usted, verdad?

—Se podría decir que sí, efectivamente...

Le susurro “*un peso menos*” y mientras me alejo para reunirme con mi hombre de negocios, le oigo reírse ahogadamente detrás de mí.

¡¿Realmente acabo de hacerle reír?!

Gabriel está sentado en su despacho, en plena conversación

telefónica con, al parecer, el redactor jefe de una de sus numerosas publicaciones. Entre los dos hombres, las bromas se encadenan y descubro una enésima faceta de Diamonds: el director general abierto, relajado, caluroso. Al verme llegar, pone fin rápidamente a la conversación y me hace señas para que me acerque. Una vez que llego a su lado, siento sus manos apoderarse de mi cintura y llevarme junto a él. Me encuentro sentada en su regazo, y antes de que

me dé tiempo a protestar, su boca dulce y voluptuosa se posa en la mía. Intercambiamos un tierno y lánguido beso, como si quisiéramos recuperar a toda costa el tiempo perdido. Hace cuatro días que no he olido su perfume, acariciado su piel, probado sus labios y me impaciento por ir aún más lejos. Mi amante en la gloria se escapa para retomar la respiración y aprovechar para reprenderme suavemente...

—Me ha hecho esperar, señorita Baumann. Rara vez le he

encontrado tan... ¡apetitosa!

—Si bien recuerdo, soy yo la que utilizo ese término para referirme a usted, Sr. Diamonds.

—La ósmosis, Amande, simplemente.

Me vuelve a besar, más fogosamente esta vez, y yo me abandono totalmente, prisionera de sus brazos divinos.

Tras este encuentro ardiente, compartimos un instante de dulzura y de quietud, solos en el mundo en un enorme despacho y más

enamorados que nunca. Cuando mi multimillonario retoma la palabra, se me cae literalmente la baba al escucharle...

—Te he echado de menos tremendamente, Amande dulce.

—Entonces deja de buscarla... Quédate cerca de mí.

—Sabes que no puedo. Se lo debo a...

—Virgile, lo sé..., le digo, algo más seca de lo que pretendía.

—No hagas más difícil esta situación, Amandine. Bastante

complicada ya es por sí sola.

—¿No tengo derecho a quejarme?
¿A que me cueste soportar que el hombre al que amo corra detrás de otra mujer? ¡Una mujer a la que ha amado!

—Y a la que ya no ama... Ahí está la cuestión, Amande. Ya no siento nada por Eleanor, excepto ira... y lástima.

—Preferiría que sintieras indiferencia por ella.

—Imposible, ¡es la madre de mi hijo!, concluye levantándose para

vestirse de nuevo.

Yo hago más de lo mismo, ofendida. Sé que voy a lamentarlo, pero me salen las palabras sin que pueda retenerlas.

—Me haces el amor, me dices que me amas y a continuación me reprendes como a una niña. Esta es nuestra dinámica.

—Amandine, ¿qué quieres de mí? ¿Qué me consagre en cuerpo y alma a ti, que solo viva por ti, que me olvide de todo lo demás?

—No. Que me des más

importancia a mí que a ella.

—Ya lo hago.

—Tengo mis dudas. Ella es omnipresente, jamás te deja tranquilo.

—Mientras no la haya encontrado así será. Siento que sufras pero escúchame, solo te quiero a ti, me grita asiéndome del brazo para llevarme junto a él.

Intenta besarme pero me resisto, profundamente herida por esta conversación.

—¡Entonces encuéntrala, y no

hablemos más!

¡Dile lo de Iris! ¡Ahora, díselo!

¿Sí? ¿No? ¡¿Qué hago?!

—Deja de resistirte, ¡me pone enfermo Amandine!

—Me voy varios días a Londres, con Ferdinand, le suelto de repente para impedir revelarle mi secreto.

—¿Cuándo?

—Del lunes al jueves.

—¿Para qué?

—Por el trabajo. Desfiles, sesiones fotográficas, noche de gala.

—¿Sola con Beauregard?

—Marcus también viene.

—Vale.

Me acaba de hablar tan fríamente que un escalofrío me recorre el espinazo. Siento que se prohíbe expresar lo que realmente lleva dentro, y que por una vez, tengo ganas de que se deje llevar.

—¿No dices nada? ¿No estás celoso? Qué novedad... Será el efecto Eleanor.

—¡Deja de decir tonterías! Ya me has reprochado que te controlo, que

quiero dirigir tu vida. Me agunto para darte tu espacio y créeme, me exige un esfuerzo sobrehumano.

—Más vale que sea verdad...

—¡No sabes lo que realmente quiero, Amande amarga!, me lanza antes de besarme fogosamente.

Y vuelta a la prórroga...

Hmm... Sí, otra vez...

Gabriel ha cuidado del más mínimo detalle todo el fin de semana. Tras una primera noche tórrida, me ha ofrecido un sábado inolvidable: un paseo romántico a

caballo en el acaballadero de Jardy, una comida al exterior, una tarde deliciosamente perezosa y pícara, seguida de una proyección de preestreno a domicilio. El domingo por la mañana llega demasiado pronto para mi gusto, y debo decidirme a abandonar a mi maravilloso amante. He prometido a Camille que pasaría tiempo con ella, y no puedo faltar a mi compromiso. Cuando me bajo del Mercedes negro, no puedo contenerme y se me cae una

lágrima. La idea de no volver a ver a Gabriel en cinco días me mata, estamos más enamorados y cómplices que nunca, y me obsesiona que este sentimiento tan puro, tan bruto, se esfume.

Ojos que no ven, corazón que no siente...

Tras un beso intenso e interminable, me decido a dejar marchar al hombre que amo. Todavía no le he revelado el secreto, no he logrado desvelarle la identidad de Iris, pero en el

momento de separarnos, hago todo lo posible para intentar no pensar en ello. Este hombre sublime hace latir mi corazón a mil por hora. En este preciso instante, nada más tiene importancia.

—¡Vaya cara traes! Te recuerdo que soy yo la que acaba de sufrir un traumatismo, exclama mi hermana al verme llegar con ánimo derrotista.

Me esfuerzo a sonreír en el acto, consciente de que necesita que la reconforten más que yo. Su aborto

la ha conmocionado, Camille parece haber enflaquecido tremendamente, y su tez pálida me preocupa. Mientras se vuelve a instalar en el sofá, me apresuro a preparar un té a la menta, su debilidad.

—Cuéntame, ¿qué tal estás? ¿Y con Silas, cómo van las cosas?

—Bien, ya no tengo tirones, el problema está más bien en mi cabeza. No deseaba este bebé, pero ya lo amaba. Menos mal que tengo a Silas, ¡si supieras cómo me ha dado

seguridad!

—¿Ah sí?

—El disgusto de Eleanor ya se le ha pasado, se ha centrado en mí y en mi recuperación. Me trata como a una princesa desde hace una semana, ¡qué suerte tengo!

Mi hermana se concede sonreír un poco, luego vuelve a tener su rostro impasible. Está claro que no se ha recuperado todavía en el plano emocional.

—Me alegra oírte decir eso. Tenía miedo de que le rechazaras

después de esta... prueba.

—Créeme, lo pensé. Durante dos días, me pregunté si quería seguir con él, pero tengo la impresión de estar verdaderamente enamorada. En fin, el tiempo lo dirá.

—¿Y Oscar, qué tal está? Esperaba verlo hoy...

—Está con Alex. Está en forma, sí, me ayuda a seguir adelante..., logra pronunciar antes de romper a llorar.

—Oh Camille... Me parte el corazón verte así. ¿Qué puedo hacer

para ayudarte?

—Sé feliz, Amandine. Sé que no siempre he sido fan de Gabriel, pero ahora te entiendo...

Suena el timbre, interrumpiéndola. Le doy un beso cariñoso en la mejilla y corro hacia la puerta. Descubro el rostro angélico de Simon y le abrazo antes de dejarle entrar. Mi hermano se abalanza en dirección de Camille y les oigo reír sarcásticamente al comentar mi atuendo.

—Amandine se ha convertido en

la mujer de un multimillonario, entiendes..., precisa mi hermana detallando mi vestido trapecio Tara Jarmon.

—No, Amandine trabaja en una agencia de modelos, ya no puede vestirse solo de H&M, les respondo haciéndoles una mueca.

—Por cierto, ¿cuándo me presentas a las modelos?, pregunta Simon.

Me sorprendo al no pensar en Gabriel durante varias horas. Desde la llegada de Simon y el regreso de

Oscar, a Camille le ha vuelto casi la sonrisa, y acabamos el día apoltronados los unos contra los otros, viendo películas de Walt Disney y atiborrándonos de palomitas. Vuelvo a mi apartamento sobre las 9 de la noche, y descubro un email de mi amante que ya ha salido escopetado...

De: Gabriel Diamonds

Para: Amandine Baumann

Asunto: TÚ

Mi Amande adorada,

John Barry ha dado con una nueva pista. Cuando leas este mensaje ya estaré en el aire, rumbo a Suiza.

Ten presente que a pesar de los kilómetros que nos separan no te olvido, siempre estás conmigo.

Solo te quiero a ti.

Tu G.

3. Encontrarte y después perderte

Son aproximadamente las 11 cuando bajo de la ostentosa limusina y descubro la fachada suntuosa del Dorchester. Ferdinand ha previsto las cosas a lo grande, y no me esperaba menos de este millonario con aires de dandi.

Durante el vuelo, no se le ha olvidado explicarme por qué, según él, Londres es la ciudad más inspiradora del mundo. Yo me he contentado con escucharle y sonreír de vez en cuando, aunque tenía la cabeza en otra parte. Hace menos de veinticuatro horas que nos hemos despedido, pero no puedo dejar de pensar en Gabriel.

¿Dónde estás, Diamonds?

¿Con ella?

—Darling, ¡despierta! Vas a descubrir uno de los hoteles más

bonitos, exclama Marcus cogiéndome del brazo para conducirme a la entrada.

El espléndido hotel inglés se sitúa en el elegante barrio de Mayfair, al borde de Hyde Park. Este digno representante del lujo “*so british*” une refinamiento y elegancia, sin caer en el exceso. Al recorrer el lugar con la vista, no puedo impedir preguntarme si mi multimillonario ya ha pasado una estancia aquí. Una vez atravesadas las puertas magistrales, me

encuentro en un amplio vestíbulo decorado en tonos claros y luminosos, que da a “La Alameda”, lugar de encuentro ineludible de los londinenses a cualquier hora del día. Una mezcla sutil de antiguo, contemporáneo, con toques acogedores y de diseño: me maravilla todo lo que me rodea. A Marcus también, al parecer. Se le escapan grititos, se agita y me lanza miradas de asombro a lo largo de toda la visita.

—Honey, he encontrado mi

residencia secundaria. ¡No te muevas, voy a llamar a mi banquero para endeudarme unos diez siglos!

—Vuelve a la tierra, Marcus..., le digo, mientras estallamos de risa.

Ferdinand ya está en la recepción. Sorprendo a los empleados del hotel de lujo, cada cual más guapo, echándole el ojo y haciéndole reverencias. En su traje negro de corte perfecto, reconozco que tiene muchísimo encanto.

—Y por cierto, ¿dónde están nuestras maletas?!, exclamo al

acordarme de que el collar de diamantes que me regaló Gabriel está en la maleta pequeña.

—Querida, ahora formamos parte de este mundo de gente importante, alguien se ocupa de nuestras maletas.

—Si tú lo dices...

—De todas formas, ¡qué necesidad hay de maletas! Solo estamos a unos minutos de las tiendas de grandes marcas de Bond Street. Una sesión de shopping es de obligación. ¡Me pido el look

decadente y excéntrico de los *it-boys* londinenses! Por cierto, ¡aprovecha para modernizarte!

—¿Qué insinúas, “*querido*”?
¿Qué me visto como una mendiga?
Te advierto, ¡no me transformarás en Lady Gaga!

—¡Ya estamos con las amenazas!
Don't worry, ¡eres mi musa *sweetie*! Pero nunca se tiene demasiada ropa. Y tu vestido es de infarto, pero lo realzarían más un par de derbys de ante color coñac... o sandalias fluorescentes.

—¿Tienes algo en contra de mis bailarinas?

—Con las piernas divinas que tienes, sí. Tus *shoes* son muy abuela, si pudiera te los quemaría, añade partiéndose de risa.

Su voz alta encaramada resuena todavía en el vestíbulo cuando nuestro director general nos alcanza. Nos habla con su sonrisita disimulada y yo ya veo avecinarse un golpe de Trafalgar...

—Una noticia buena y una mala. He podido negociar para obtener mi

suite con vistas a Hyde Park, dice orgulloso girándose hacia mí.

¡Defiéndete, Amandine!

—Me he desvivido una semana por conseguirla, Ferdinand, ¡pero no querían saber nada!

—Tranquila, Amandine, no se lo tome como un ataque. Acepté pagar el doble, eso les hizo más conciliadores... Sin embargo, una de vuestras habitaciones ha sido acordada a la pareja que iba a hospedarse en mi suite.

—¿Qué quiere decir?, pregunto

algo cortante, al ver su juego tan claro.

—Que mis habitaciones están a su disposición, Amandine..., dice como si nada.

Pues vaya...

—Gracias pero no hace falta. Si no le importa, compartiré la habitación con Marcus.

Este último, acaba por entender mis señas de angustia y responde sin hacerse esperar...

—¡Por mí perfecto! ¡Adjudicado!
Una mujer en mi cama, será una

novedad.

—Y no cualquier mujer... añade Ferdinand mirándome fijamente a los ojos. Como usted quiera, pero mi suite cuenta con dos habitaciones separadas, que cierran con llave...

Qué pesadito...

—Vayamos a instalarnos, la sesión de fotos es a las 2, ¿no?, digo, ignorando sus últimos comentarios.

—Sí, nos encontraremos en el restaurante a las doce y media. No

me hagan esperar. Ya verán, el chef Alain Ducasse despertará sus papilas...

—¡Perfecto, hasta luego!

Tomo la tarjeta magnética que me proporciona De Beauregard y le hago una seña a Marcus para indicarle que es hora de irse a la habitación. Aún risueño, mi compañero me sigue y descubrimos juntos los pasillos largos y elegantes en tonos pastel, antes de llegar a la 310. Espaciosa y decorada con un gusto exquisito,

luce un estilo muy inglés con motivos florales, realzada con un mobiliario moderno y bibelots art déco.

Más o menos una hora más tarde, nos dirigimos al restaurante gastronómico. Entre tanto, me he cambiado de ropa y me he puesto un vestidito negro Givenchy, tipo Audrey Hepburn según Marcus, que encontré en una trapería. Me he puesto zapatos del mismo color, y me he atado el pelo con un moño estricto. Me he puesto maquillaje

suave. Al verme salir del cuarto de baño lujoso, mi acólito se maravilla con mi atuendo, precisando que me fundo totalmente en el decorado.

Algo es algo...

Ferdinand accede a la gran sala al mismo tiempo que nosotros, y noto que ha cambiado su traje negro clásico por otro gris, que reconozco ser de la marca Hugo Boss.

¡Empiezo a entender del tema!

Comemos rápida pero fastuosamente, en un decorado increíble. Me da la impresión de

encontrarme en una casa solariega de Escocia. A nuestro alrededor hay muros pintados representando a los habitantes de las Highlands en su vestimenta tradicional y una luz tamizada les ilumina sutilmente. La conversación fluye sorprendentemente, incluso es divertida. Marcus cuenta una broma tras otra, como de costumbre, y descubro a un Ferdinand ligero y sereno. Ellos dos se llevan bien y me asombra constatar que nuestro trío improvisado funciona.

Durante tres días hemos recorrido toda la ciudad para conocer a los nuevos modelos y creadores, y hemos supervisado las sesiones de fotos de las marcas más conocidas: Burberry, Paul Smith, Vivienne Westwood. Los nuevos miembros de la Agencia Models Prestige han tenido el honor de llevar puestas las últimas novedades, para la inmensa alegría de Marcus, que no ha dejado de dar su opinión sobre todo. Muy profesional, ha hablado en un inglés

irreprochable con cada estilista y diseñador para promover nuestros servicios. En cuanto a Ferdinand, a menudo estaba presente y dirigía todo este bello mundo sin esfuerzos. He descubierto un carisma impresionante en este hombre, y también un lado más humano, más natural. Para mi gran sorpresa, no se ha comportado de manera desplazada en ningún momento conmigo, pero sí se ha mostrado profesional y atento. Por primera vez una complicidad nueva ha

aparecido entre nosotros. Me he sentido apreciada con un juicio justo, por algo más que mi físico.

El miércoles por la tarde he ido a buscar mi vestido para la gran gala organizada esa misma noche en el Four Seasons. De camino al lujoso centro Harrods, me ha sido imposible concentrarme en el vestido sublime de Saint Laurent que me iban a confiar. La ausencia de Gabriel me pesa tremendamente. Desde que llegué a Londres los días pasan a toda velocidad, pero cada

noche me duermo con el corazón en vilo. Su silencio me hiere profundamente. La presencia de Marcus me devuelve a veces la sonrisa, pero solo en apariencia. ¿Dónde está mi amante? ¿Mi amor? ¿El hombre de mi vida? ¿Por qué este silencio, esta indiferencia? ¿Eleanor ha salido de su escondite? ¿Él ya me ha borrado de su vida?

Unas horas más tarde, hago mi entrada en la sala de recepción de casi quinientos metros cuadrados, del brazo de Marcus. Situada en un

piso elevado, nos ofrece una vista despejada del Támesis y de la City. Para la ocasión, este lugar excepcional se ha decorado con los colores de la agencia: negro y plata. En medio de toda esta gente sublimemente afectada, casi me siento en mi lugar. Mi vestido largo y gris con reflejos metálicos me ha valido numerosos cumplidos y ha atraído las miradas de los hombres, pero también de las mujeres de la asamblea. Por una vez, Marcus se ha puesto un atuendo sobrio: un

traje de Armani negro, a juego no obstante con una pajarita rosa fucsia...

¡Sería demasiado pedirle pasar desapercibido!

El champán corre a raudales, se sirven cientos de canapés y las discusiones van a buen ritmo. A la mitad de la gala, Ferdinand se ha hecho con nosotros para presentarnos a ciertos convidados, los más influyentes según mi agente 007. Como rey del cotilleo, Marcus conoce absolutamente a todos y me

sopla el apellido y la función al oído, lo que me evita quedar en ridículo varias veces. Luego, mi director general, más elegante y seductor que nunca, aprovecha la ausencia de mi doble para llevarme aparte...

—Ha dado una muy buena impresión Amandine, estoy satisfecho con su trabajo desde nuestra llegada a Londres. Y por lo demás...

—¿Por lo demás?

—Tener una ayudante tan guapa

como usted juega a mi favor. La gente la admira, la desea y dice que sé rodearme bien. Por cierto, este vestido es... cautivador..., añade mirándome de arriba abajo.

—Usted es el director general de una agencia de modelos. Trabaja con mujeres mucho más bellas que yo y lo sabe perfectamente. Gracias por estos cumplidos, pero dudo que estén justificados.

—Se pasa el tiempo desvalorizándose, Amandine. Sin razón...

—Es su opinión, pero no me conoce lo suficiente como para juzgarme así.

—Es lo único que pido, conocerla mejor..., dice muy seriamente pasando sus dedos entre una de las mechas de mi pelo.

—¡No empiece!

—Nunca dejará de verme como un manipulador, un adulator, un canalla de primera.

—No olvido lo que le hizo a Marion.

—¿Marion? No hice otra cosa que

darle lo que quería. No tiene nada que ver con usted. Usted es diferente, me intriga, me...

—Creo que es mejor que vaya a buscar a Marcus. Buenas tardes, Ferdinand.

—Amandine...

Ignoro las últimas palabras que me ha dirigido y doy media vuelta a toda velocidad para escaparme de esta discusión perturbadora. No siento nada por este hombre, sé a quién pertenece mi corazón, pero las confesiones de Ferdinand me

han emocionado. Parecía tan sincero... Hasta ahora se había contentado con ligar conmigo más por el juego que por otra cosa, pero me doy cuenta de que algo ha cambiado.

¡Ya no juega!

Perdida en mis pensamientos, me doy cuenta de que alguien detrás de mí me acaricia la nuca. Me doy la vuelta bruscamente, preparada a llamar a mi jefe de todo, pero mis ojos quedan totalmente atraídos por los de Gabriel. No puedo reprimir

un grito de alegría y salto a sus brazos, sintiendo cómo se me empañan los ojos.

Está ahí... ¡Por mí!

No está con ella...

Permanezco acurrucada a los brazos de Diamonds durante largos segundos, luego vuelvo a la tierra y me doy cuenta de que todas las miradas se han girado hacia nosotros. Ferdinand está a unos metros de mí y parece trastornado, casi apenado por lo que ve. Luego mi loco amante me levanta y me

lleva a grandes pasos hacia la salida. Cuando entra en el ascensor y pulsa el botón dorado, descubro que ha alquilado el último piso del Four Seasons. Sin pronunciar una sola palabra, nos abalanzamos el uno sobre el otro en esta jaula metálica e intercambiamos un beso apasionado, tórrido, divino. Las puertas se abren demasiado deprisa para mi gusto y Gabriel se despegas de mí, me toma la mano para conducirme hasta su suite.

No me da tiempo a maravillarme

al descubrir el lugar, sigo a mi Apolo hasta el salón, luego le observo mientras se quita la chaqueta de traje y pulsa un botón luminoso situado en la pared. Al instante, las suaves notas de *Claro de Luna* de Debussy resuenan en la inmensa sala y me transportan. Gabriel se acerca a mí, nos dejamos llevar el uno contra el otro y compartimos un baile lánguido, romántico. Entre nosotros la fusión es total, siento su respiración acariciar mi nuca, luego sus labios

posarse. Nuestros cuerpos se unen, suavemente, sin precipitación. Mi hombre desliza la cremallera de mi vestido mientras yo desabrocho su pantalón y me dispongo a ofrecerme a él... Una y otra vez.

Tras este encuentro tierno y sensual, me asalta la culpabilidad. Es más fuerte que yo, no logro hacer caso omiso de este secreto que llevo después de todo este tiempo y que me pesa una tonelada. A pesar de todos mis esfuerzos, Iris sigue ahí, en una esquina de mi

cabeza.

Quizás sea el momento...

—¿En qué piensas, Amande?, pregunta Gabriel al ver mi rostro preocupado. Pensaba que mi visita te devolvería la sonrisa...

—No podría haber soñado con algo mejor. Gracias por...

—No me lo agradezcas, me dice besándome suavemente. No puedo prescindir de ti, he tomado un avión sin pensármelo dos veces, tenía que verte, tocarte...

—Imagino que tus espías te han

dicho dónde me encontraba.

—Sí. Para eso están ahí, necesito saber dónde te encuentras en cada instante. Sobre todo cuando Beauregard está en los alrededores.

—¿Y yo? ¿Te parece normal que no sepa adónde vas, lo que haces y con quién?

—Pronto ya no tendrás que preguntártelo. Una vez que obtenga todas las respuestas jamás nos separaremos.

—¿Me lo prometes?

—Sí. No te imaginas hasta qué

punto me cuesta estar lejos de ti,
Amande.

Sus palabras me ablandan el corazón, pero me corroe la culpabilidad. Gabriel se levanta, me sirve una copa de champán y me la entrega.

—Un día seremos solo tú y yo,
Amandine Diamonds.

Esta última frase acaba conmigo. Bebo el brebaje espumoso de un trago, sin distinguir el sabor. Es una tontería y un cliché, pero lo necesito para darme valor.

—Tengo algo que decirte..., le digo oyendo cómo se me quiebra la voz.

—¿Sí?

—...

—¿Amandine?

Me lanzo, con los ojos cerrados, por miedo a ver la ira y la decepción en su mirada. Confieso al hombre al que amo más que a todo en el mundo que le miento desde hace casi dos semanas, que su prometida desaparecida le busca. Que he descubierto una pista

para encontrarla, pero que se lo he escondido. Que Iris estás en contacto con Eleanor, que le habla a diario, que recopila información para luego transmitírsela. Al final de mi monólogo, veo el rostro tan bello de mi multimillonario transformarse, cerrarse, endurecerse. Cuando al final me faltan las palabras y se me caen las lágrimas, Gabriel se levanta, se viste, recupera su maletín y se va sin dirigirme una palabra o mirarme. Los sollozos se apoderan

de mí y durante una eternidad me quedo allí, postrada, perdida, abandonada.

Son casi las tres de la mañana cuando regreso al Dorchester, agotada e impaciente por volver a ver a Marcus para desmoronarme en sus brazos. Gabriel y yo acabamos de vivir nuestra peor disputa, nuestro peor altercado. No ha dicho una palabra, pero su actitud ha hablado por él. He leído la ira en su mirada, pero aún: la lástima. Como si por fin abriera los

ojos y descubriera quién soy realmente. Una chica banal, débil, egoísta. Una chica que no merece el amor de un hombre como él. Al venir a Londres quería demostrarme que soy la mujer de su vida. Yo le he demostrado lo contrario. Esta conclusión me rompe el corazón, me tuerce el estómago, la idea de haberle perdido me es insoportable. No sé, ya no sé cómo vivir sin él...

Con los ojos chorreando de lágrimas y los zapatos en la mano,

entro en nuestra habitación esperando encontrar a Marcus. Los sonidos que percibo una vez cerrada la puerta me indican que está ahí, pero que no está solo. Al parecer, mientras echaba a perder la historia más bonita de mi vida, él invitaba a un hombre a su cama.

¡Sea quien sea, cuando sea, pero no aquí, no ahora!

No me atrevo a avanzar, pero por un segundo, dudo en interrumpir lo que parece ser un retozón demente (y muy ruidoso). Al final,

logro darme cuenta de que no soy el ombligo del mundo y que Marcus bien se merece una noche de locura.

¿Pero dónde puedo ir?

¡Ni se te ocurra, Amandine!

Es la única solución...

Vuelvo al ascensor vacilante, me adentro en la jaula dorada y pulso el botón del piso superior. Me vuelven los sollozos, no me creo que vaya a tener que humillarme de esta manera frente a mi jefe. Pero poco importa, acabo de perder al amor de mi vida, todo lo demás

parece fútil. Me arrastro hasta la doble puerta majestuosa de la suite y toco suavemente en la madera clara. Una vez, dos veces. Se abre la puerta y descubro el rostro extrañado de Ferdinand.

—¿Amandine? Pensé que estaba con Diamonds..., dice con una voz algo cortante.

—Yo... yo...

Las lágrimas me impiden expresarme, me tiembla todo el cuerpo.

—Entre, no se quede ahí. ¿Qué le

ocurre?, me pregunta inquieto.

—Solo necesito... dormir.

—Venga. ¿Quiere algo de beber?

—Solo... dormir.

—Amandine, ¡explíqueme!

—Le he... perdido..., le digo sollozando.

—Si la quiere tanto como pienso, es imposible. Ignoro lo que ha ocurrido, pero apuesto a que volverá. Venga, por aquí...

Ferdinand me toma de la mano y me lleva a una de las habitaciones. Al pasar delante de un espejo, veo

el reflejo de una chica en lágrimas, destrozada por la pena, despeinada, con el maquillaje corrido. De repente, me siento ridícula en este vestido de gran diseñador, demasiado bonito y elegante para mí. Beauregard me ordena amablemente que me siente en la cama y se coloca a mi lado. No dice ni intenta nada, y su simple presencia me reconforta. Sin fuerzas y ya sin lágrimas acabo recostándome. Él no se mueve, espera ahí pacientemente, hasta que

me duermo en los brazos de
Morfeo... A falta de los de Gabriel.

4. El lenguaje de las flores

He regresado de Londres hace casi una semana, con el corazón partido en mil pedazos, y no sé nada de Gabriel, aparte de un mensaje escueto.

[Deberías haber confiado en mí.]

He leído y releído este mensaje unas cien veces desde que me lo

envió, al día siguiente de nuestra discusión sobre el tema de Iris. Es una bobada, pero cada vez que aparece en la pantalla de mi smartphone, tengo la esperanza de encontrar algo nuevo. Una seña, una muestra de que todavía me ama, que no me ha dejado para siempre, que perdona mi traición. Pero estas seis palabras siguen siendo las mismas, y su significado dista mucho de tranquilizarme.

He intentado llamarle, le he dejado mensajes implorantes,

apasionados, explosivos. Quisiera tanto que me entendiera, que se pusiera en mi lugar. El hombre que amo corre detrás de la ex mujer de su vida, desafío a cualquiera que no se deje llevar por los celos, de miedo a ser reemplazada, rechazada, olvidada. Pero su hijo merece encontrar a su madre. Gabriel tiene razón, al mentirle he perjudicado involuntariamente a Virgile. Y eso no estoy segura de que Diamonds me lo perdone algún día...

Salgo del metro y siento inmediatamente una vibración en el bolsillo de mi pantalón vaquero. Al tomar el camino de la oficina, escucho el buzón de voz. La voz aguda de Marion me obliga a alejar el teléfono de la oreja, pero advierto que vendrá a buscarme a la 1 de la tarde, durante el descanso para comer. Y mi mejor amiga concluye diciendo...

“Tengo cosas que contarte, Am. Y sobre todo, ¡tienes que ponerme al día sobre mi nuevo novio! ¡Ya

sabes, Ferdinand!”

Me viene en mente el rostro inquieto y compasivo de Beauregard. No le he vuelto a ver desde aquella noche de pesadilla en la que se comportó como un verdadero gentleman,... un amigo. No volvió a París con Marcus y conmigo, se quedó en Londres para cerrar nuevos contratos y comprarse un apeadero en el corazón de la City.

Dura la vida de millonario...

Vuelve mañana y no sé en

absoluto qué esperarme. ¿Estará diferente o hará como si nada? Este viaje profesional nos ha acercado, ya no veo a mi jefe de la misma manera. ¿Le ocurrirá lo mismo a él?

Son las 9. Acabo de tomarme un café macchiato con mi compañero preferido y le escucho quejarse de todo y de nada. Su ex ocupa su apartamento y se niega a marcharse. Su aventura con el modelo londinense se ha revelado más complicada de lo previsto: ¡el rubio cañón está casado! Jackson Five

está enfermo desde hace unos días, y el veterinario no sabe lo que tiene exactamente. Y para colmo, Marcus ha cogido tres kilos, por culpa del “*estúpido fish and chips*”. A partir de ahora no se pone otro color que el negro. Lo que es increíble es que incluso cuando su pequeño mundo se le desploma, este bello efebo chiflado logra reírse de todo. Admiro su optimismo legendario, su fuerza, su determinación a no dejarse abatir.

Ojalá me lo transmitiera...

Tras este corto pero delicioso paréntesis, me toca volver a trabajar y poner todo en orden antes del regreso del jefe. Enciendo el ordenador y empiezo consultando mis emails. Cuando el nombre de Gabriel Diamonds aparece en mi pantalla de 27 pulgadas, se me corta la respiración. Hago clic sin pensármelo y veo aparecer el mensaje...

De: Gabriel Diamonds
Para: Amandine Baumann
Asunto: Ninguno

He recibido todos tus mensajes.
Odio oírte llorar.
Te quiero.
G.

Oh Gabriel...

De: Amandine Baumann
Para: Gabriel Diamonds
Asunto: ¿Ninguno?

Pensé que lo nuestro se había acabado, que me habías dejado.

No puedo vivir sin ti, Gabriel.
¿Me perdonas?

Te amo tanto...

A.

Apenas un minuto más tarde

aparece su respuesta. Se me caen las lágrimas, pero de alegría esta vez.

De: Gabriel Diamonds

Para: Amandine Baumann

Asunto: Todo lo que quieras

No, no te he dejado Amande, sería incapaz de hacerlo.

Hagas lo que hagas, siempre te querré.

G.

Sus palabras me tranquilizan y me paralizan al mismo tiempo. Me inunda una ola de sentimientos contradictorios. No sé si pedirle que vuelva o darle su libertad, preguntarle para saber si su búsqueda avanza o no entrometerme, pedirle disculpas una vez más o callarme para simplemente saborear las palabras

que me ha dirigido. Gabriel Diamonds me hace experimentar todo tipo de sentimientos, este hombre es medio ángel medio demonio, la influencia que tiene en mí no deja de aumentar... Me asusta y a la vez me excita tremendamente. Y como si leyera mis pensamientos, recibo un nuevo mensaje.

De: Gabriel Diamonds

Para: Amandine Baumann
Asunto: Y mucho más

Se me olvidaba, vuelvo
mañana.

Gif
G.

Bajo su mensaje, una imagen animada y subtitulada “*I’m so excited!*” representa a un hombre saltando de cualquier manera. Este

Gif hace que me parta de risa y me recuerda hasta qué punto mi amante puede ser imprevisible. Al enviarme esta sorpresa electrónica, acaba de enterrar el hacha de guerra. Mis angustias se evaporan y como una niña, salto de mi silla rodante para abalanzarme sobre Marcus. No sabe por qué actúo así, pero divertido, se une a mi hilaridad y una vez más, todas las miradas se vuelven hacia nosotros...

Sí, soy la ayudante del director

general, ¿y qué?

Son las 11. En recepción me avisan de la llegada inminente de un mensajero. Nada fuera de lo normal, recibo a diario un número indecente de paquetes, la mayoría provenientes de grandes creadores y destinados a Ferdinand. Pero esta vez, no es una caja lo que me entrega este joven, con el casco de scooter bajo el brazo, sino un enorme ramo de flores. Un poco ruborizada, lo acepto e intento controlarme. Gabriel tiene el don

de sorprenderme y de agasajarme. Estas rosas blancas son seguramente su forma de disculparse por su largo silencio. Con una sonrisa resplandeciente en los labios, arranco la tarjeta rosa claro y me quedo literalmente pasmada...

No todos los hombres son cobardes. Espero que le haya vuelto la sonrisa... FDB

¿A qué juegas, Beauregard?

Par suerte, Marcus no está en los alrededores y no tengo que

justificarme. Oficialmente, este ramo lo ha enviado mi novio, punto final. Quiero evitar a toda costa los chismes...

Una ayudante a la que el jefe tira los tejos... ¡Qué cliché!

Y sin embargo, mi intuición me dice que Ferdinand no busca solo llevarme a la cama. Desde Londres su comportamiento me intriga, parece más natural, más sincero conmigo, pero juega todos sus papeles: jefe, amigo, confidente, pretendiente... ¡Hay que decidirse!

Si Gabriel supiera...

Es la una de la tarde. Marion acaba de darme un toque, Bajo los siete pisos a toda prisa para reunirme con ella, impaciente por contarle todo. Al verme escarlata y sofocada, no puede reprimir lanzarme unas cuantas pullas.

—Amandine Baumann, alias Laura Ingalls, dice partiéndose de risa.

—¿Laura qué?

—La cría de *La casa de la pradera*. ¡Hay que repasar esos

clásicos!

—¡Tus clásicos, no los míos!

—Bueno, te invito a un panini.

—Muy amable, Nellie Oleson.

—Lo ves, te acuerdas. Estaba segura... responde dándome un pequeño azote. Y no soy una puñetera que yo sepa. Por cierto, hablando de puñeteras...

—Marion, dame dos minutos antes de abordar los temas irritantes. Me muero de sed...

Nos instalamos en una terraza y mi mejor amiga ficha enseguida al

“*camarero guaperas*” que se acerca a nosotras. Coquetea todo lo que puede mientras pido mi panini de tomate y mozzarella y mi soda. Marion opta por un sandwich club vegetariano y un té helado.

Debería llamarse Marion Green...

—Ya está, podemos empezar..., digo después de haberme quitado la sed.

—Estaba hablando de... Iris...

—Me gusta más cuando le llamas “la peste”...

—Sí, bueno, como quieras. Entonces Tristan ya está al corriente, por fin me decidí a contárselo anoche. No fue fácil, me llamó loca unas diez veces antes de creerme.

—El pobre, ha debido ser un golpe duro...

—Sí, estaba fatal. Bebió algo de más, seguramente para ahogar su tristeza y acabó confesándome que no estaba seguro de estar enamorado...

—¿Qué? ¡No es la impresión que

da cuando está con ella!

—Lo sé, pero me ha dicho que...
que...

—¡Marion!

—Que todavía te quiere y que Iris solo le había hecho cambiar las ideas. Bueno, no me ha dicho eso exactamente, pero casi.

—Ah..., le digo sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Tranquila Amandine, no has hecho nada malo. ¡No es tu culpa! Y acabará encontrando a alguien que te borrará para siempre.

—Sí, eso espero. ¿Y qué piensa hacer por Iris?

—Igual que nosotras, quiere saber lo que esconde, así que va a seguirle el juego. Va a intentar espiar sus llamadas y acceder a sus emails. Esta tarde sabré más.

—Me pregunto cómo acabará todo esto, y cuándo. Gabriel me ha escrito esta mañana, todavía me quiere...

—¿Qué? ¡¿Y solo me lo cuentas ahora?!, exclama soltando su sándwich. ¿Todavía seguís juntos?

Durante la comida, pasamos revista a los diferentes temas del día: las dulces palabras de Diamonds, el ramo que me ha regalado Ferdinand, su indiferencia con respecto a Marion, el plan de ataque de Tristan, el restablecimiento de Camille y los guaperas que toman las mismas clases de sociología que mi mejor amiga. Al final, cuando toca volver al trabajo, se levanta, coge el bolso y me suelta una última frase que me rompe el corazón.

—Todos están enamorados de ti, Amandine. No puedo luchar contra eso...

—Marion, no digas eso.

—Es la verdad. Y ni siquiera puedo guardarte rencor, no es como si corrieras detrás de ellos...

—¿Quieres que le hable a Ferdinand de ti?

—No, bueno, no sé, como veas. En todo caso, no hagas que me vea como una víctima, bastante tonta ya me siento así...

Un achuchón más tarde y

Marioneta vuelve a sonreír. Paga la cuenta pavoneándose ante Léonard, el camarero, y luego regresa, con un aspecto más alegre. Cuando me entrega un papelito, entiendo por qué. Léo, como ya le llama, ¡acaba de darle su número de teléfono!

Metida de lleno en mis informes, se me ha pasado la tarde sin darme cuenta. Pensaba que la ausencia de Ferdinand aligeraría mi agenda, pero todo lo contrario. Debo demostrar lo que valgo y mostrarme más autónoma, más segura de mí

misma. A decir de las miradas oblicuas de mis compañeros, están esperando que caiga...

Las novatadas se sienten en el ambiente...

Tras una pequeña sesión de shopping improvisada con Marcus, me dirijo a casa de mi hermana, con mis derbys coñac nuevos puestos. Como de costumbre, Camille no se muestra muy diplomática al decirme que mis zapatos son más bien bonitos pero que son demasiado “*masculinos*”.

—El look boyish no es para mí. Tú te lo puedes permitir, con tu silueta perfecta, pero yo te prefiero encaramada a los talones..., dice sirviéndome un vaso de rosado.

¡¿Me toma el pelo, la señora pantuflas?!

Una vez soplada mi copa, intento escaparme, pero esta tirana me obliga a quedarme a cenar para que sea su cobaya. Insiste en que pruebe sus últimas creaciones culinarias: gazpacho de melón, verduras de la huerta en vasitos y sorbetes

variados. Hago como si lo disfruto, pero sus recetas dejan mucho que desear y además, este menú ya no es novedad. Después de este verano canicular, estoy encantada de saber que se acerca el otoño, mi estación preferida...

—¡Es hecho en casa! A diferencia de algunas, tengo tiempo que perder...

—¿Silas no anda por los alrededores?

—No, pensé que lo sabías. Se fue a reunirse con Gabriel el fin de

semana pasado. Me llama todos los días, pero siento que me esconde algo. ¡Ojalá la encuentren pronto, a su Eleanor, para que no hablemos más de ella!

—Gabriel regresa mañana, supongo que Silas también.

—Más le vale, no pienso pasarme la vida esperándole. Menos mal que tengo a Oscar... Pero bueno, un hijo no remplaza a un hombre.

Mi hermana y su tacto inigualable...

¿Me paso el tiempo esperando a

Gabriel y acaso me quejo?

Sí, vale...

Me levanto con buen pie, este viernes por la mañana. No sé cuándo tiene pensado sorprenderme mi Diamonds apareciendo allí donde no me lo espero, pero por si acaso, me decido por un nuevo vestido solapado anaranjado, que pone de relieve mis curvas y mi piel dorada. Una coleta baja, un poco de máscara efecto voluminoso y un toque de melocotón en los labios y ya estoy preparada para

saltar al metro. Pataleo de impaciencia con la idea de volver a encontrarme con mi hombre, me imagino cruzándome con él en cada esquina, pero llego sola a la Agencia algo antes de las 9. Ferdinand sí que está allí, a decir de la nota que me encuentro en mi despacho dónde presiden las rosas resplandecientes...

*No las ha tirado, me alegro...
Pásese por mi despacho a las
10 en punto, por favor.*

¡Buenos días, maniaco de la

puntualidad!

¿Tendría que haberlas tirado?

Las 10 en punto. Entro en su cueva, no sabiendo muy bien qué encontrarme. Descubro un Ferdinand con aspecto cansado, pero igual de arreglado a la perfección que siempre. Hoy lleva un vaquero, camisa blanca con ribete azul cielo y chaqueta gris. Sentado detrás de su escritorio, el *dandi* en jefe me dirige una sonrisa perezosa, que no logro interpretar...

—Está preciosa, Amandine.
¿Deduzco por ello que todo se ha arreglado?

—Podría decirse que sí. Le he preparado los informes...

—¡No me hable de trabajo, por Dios! He dormido muy poco esta semana, Londres es una ciudad llena de sorpresas. Voy a contentarme con hacer unas llamadas y con verla trabajar en mi lugar..., añade, todo sonriente.

—Y yo que pensé que era un workaholic...

—Hay prioridades en la vida, Amandine. Es importante tomarse su tiempo, incluso cuando se está a la cabeza de un imperio. Por cierto, sé de uno que debería adoptar la misma filosofía...

—¿Perdón?

—Su novio, por ejemplo.

Ya empezamos...

—No sé qué pinta Gabriel en esto.

—¿En serio? ¿No le parece extraño que venga a verla a Londres para abandonarla unas horas más

tarde?

—Tenía... sus motivos. Y eso no es de su incumbencia.

—Creo que sí lo es. Desde el momento en que llama a mi puerta en medio de la noche, en un estado lamentable, sí, me incumbe..., dice, con un aire serio.

—Siento haberle importunado...

—No se disculpe Amandine, ¡no es su culpa! Mi puerta estará siempre abierta para usted, estemos donde estemos. Es Gabriel en contra de quien estoy, no de usted.

—¿Por qué insiste en entrometerse en ello?

—La aprecio, y no quiero que se aproveche de su... inocencia.

—No necesito que me protejan, este hombre me ama y me hace feliz, ¡búsquese otro hobby, Ferdinand!, exclamo, fuera de mí.

¿Se cree mi caballero sirviente?
¡Está de broma!

—Gabriel Diamonds le ha hablado de mi supuesta reputación muchas veces. Simplemente me permito hacer lo mismo. No estoy

seguro de que se ocupe de usted como se merece.

—Ya le he pedido que no se ocupe de mi vida privada. Soy su ayudante, nada más...

—¡Deje de tomarme por lo que no soy!, exclama levantándose. ¡Solo deseo su bien, Amandine! Y cuando vuelva a romperle el corazón, se dará cuenta de que...

—¡No! Cuando me llame Amandine Diamonds, le tocará a usted darse cuenta de que se ha confundido en todo, que Gabriel y

yo estamos hechos el uno para el otro, ¡que nada ni nadie puede separarnos!

Sin darle la oportunidad de contarme más cuentos, salgo a toda prisa de su despacho y doy un portazo tras de mí. Estoy chocada por lo que acabo de oír, pero también decepcionada por la actitud de este hombre al que empezaba a respetar. Si Ferdinand quiere jugar a salvador de doncellas, no será conmigo.

El resto del día resulta

asombrosamente tranquilo, nada vuelve a arruinarme el buen humor. Me cuesta pensar en otra cosa que en Gabriel, en nuestro encuentro, en los besos tiernos y apasionados que vamos a intercambiar. Ese físico, necesito perderme en su mirada azur, oler su piel, su respiración, su perfume almizclero y sensual. Al final, mi jefe ha decidido ponerse a trabajar y no sale de su despacho. Nos enviamos unos emails educados e impersonales para ponernos al día en algunos

proyectos en curso, pero nada más.
¿Se habrá dado cuenta de que ha
ido demasiado lejos?

No sé por qué, pero lo dudo...

Vuelvo a casa a las 7, esperando
encontrar a mi amante huido, pero
constato que mi apartamento está
desesperadamente vacío. Imposible
reprimirme: le envío un mensaje,
intentando ocultar mi decepción.

[Te echo de menos, te espero...]

Al instante, suena el timbre.

¿Pero cómo lo hace?

Es él quien descubro en la

imagen, cuando descuelgo el interfono vídeo. En la pantalla, me encuentro a un Gabriel sonriente, resplandeciente de belleza y carisma. Apenas me da tiempo a oírle decir alegremente: “*¡Ven!*”, que ya estoy a la entrada. Me lanzo sin pensármelo dos veces al rellano y caigo sobre él en el pasillo. En su pantalón de lino beis y camisa blanca inmaculada, parece un figurín. Mi evidente entusiasmo le hace reír, luego se parte de la risa cuando me lanzo a sus brazos.

Durante largos minutos, el tiempo se detiene. Nos besamos furiosamente primero, con nuestros cuerpos pegados el uno contra el otro, luego más suave y tiernamente. Al fin, nuestra burbuja romántica estalla cuando percibo la voz de Silas...

—¡Bueno tortolitos, no es por nada, pero hemos quedado con Iris!

¡¿Qué?!

Como respuesta a mi desconcierto, Gabriel se toma la molestia de explicarme...

—Hemos venido a buscarte para que le interrogues con nosotros, Amande. Si esta chica es verdaderamente la espía de Eleanor, podrá darnos información primordial. Nuestra última pista no nos ha llevado a ninguna parte, es nuestra última oportunidad. Y quiero que estés ahí, ya no quiero apartarte, mereces saberlo. Acoso a Eleanor por mi hijo, pero también por ti, por nosotros. Una vez la hayamos encontrado, podremos seguir adelante... ¡Te he echado de

menos!, concluye besándome
salvajemente, bajo la mirada
burlona de su hermano gemelo.

—Ah... ¡el amor!

5. Falsa identidad

El Mercedes negro con las lunas tintadas se abre paso en las calles parisinas y nos conduce hasta el lugar de la cita, que no es otro que el apartamento de Marion y de su hermano. Me informan por el camino que Tristan ha organizado este encuentro. Se ha tomado la

libertad de contactar a Gabriel para poner las cartas sobre la mesa, para que Iris desvele por fin su verdadera identidad.

—Es un buen tipo este Tristan Aubrac, debo reconocer que sabes rodearte bien, Amandine, comenta Silas, mirando hacia la ventana, con los ojos en el vacío. Solo espero que Marion no me destripe..., murmura a continuación.

En el habitáculo, la tensión es palpable. Gabriel apenas ha pronunciado una palabra desde que

se puso a conducir. Su gemelo, controla su aprehensión de la mejor (o peor, según se mire) manera que conoce: hablando por hablar. Sentado en el asiento trasero, intento ignorar las banalidades que salen de su boca y me empeño en mirar fijamente el retrovisor para cruzar la mirada de reojo de mi amante. Nuestros ojos se cruzan varias veces, se aforan, luego se abandonan. Cada vez que establecemos esta fugaz conexión, siento cómo se relajan los rasgos de

Gabriel y distingo un esbozo de sonrisa en su rostro sublime. Nuestra discusión de Londres se ha quedado bien atrás y solo espero que Iris se confiese rápidamente para que pueda al fin abandonarme en sus brazos divinos.

Nos acercamos al bulevar Voltaire y al final, Silas decide cerrar el pico. Bajo la presión de los nervios, igual que nosotros, reúne sus fuerzas para la confrontación que está por llegar. Sus investigaciones para encontrar

a Eleanor no han dado ningún resultado hasta ahora, pero esta tarde, todo podría cambiar. Si Iris es la verdadera topo de mi enemiga jurada, este ajuste de cuentas nos pondrá en buena dirección. De repente, me pregunto qué hago yo allí. ¿Estoy segura de querer participar a esta búsqueda maldita?

Mi futuro con Gabriel está en juego en este momento...

¡Conductor, dé media vuelta!

Marion nos abre y por poco me estrangula. Al parecer, no está al

corriente de nada, su hermano ha preferido probablemente no hablarle de esta entrevista secreta, para evitar que se vaya de la lengua delante de Iris.

Marion Aubrac, ¡metepatas profesional!

No puede reprimirse acribillar a Silas con la mirada, pero nos acoge alegremente a Gabriel y a mí.

—¿He organizado una megafiesta y he perdido la memoria entre tanto?, bromea acompañándonos hasta el salón. ¿Os sirvo algo de

beber? Silas, ¿algo de curare? ¿Un poco de lejía, quizás?

—Marion, perdona que nos plantemos así, vamos a explicártelo todo. ¿Tristan no está en casa?, pregunta Gabriel, a la vez estresado por la situación y divertido por la elocuencia de mi mejor amiga.

—Volverá en un cuarto de hora, ha ido a comprar pizzas con Iris. Por cierto, empieza a tocarme las narices que la princesa le haga ascos a mis platos vegetarianos. En fin, me estoy desviando del tema.

¿A qué se debe esta visita... improvisada?

Dirige una mueca sarcástica a Silas, que hace todo lo posible por ignorarla y yo me contengo para no echarme a reír. Marion tiene el don de distender el ambiente, incluso cuando el cielo se apresta a venírseme encima.

—Siéntate Marioneta, tenemos que hablar..., le digo, mientras Gabriel estrecha su mano contra la mía.

Cinco minutos más tarde, se

transforma en pila eléctrica. No deja de preguntarnos si es buena idea, si no sería mejor seguir espionando a Iris, mejor que pillarla a traición.

—¿Traición? ¡esa palabra le viene al pelo!, comenta Gabriel. Marion, sé que esta confrontación no será un camino de rosas, pero es crucial. Esta chica tiene información que darnos, y cuento con arrancársela, en contra de su voluntad si hace falta.

—¿Por qué reaccionas así,

Marion? ¡No eres de las que se escaquean!, añado yo.

—¡Pienso en Tristan! Lo que va a oír puede que le destruya... Solo quiero ahorrárselo un poco.

—Marion, es él quien tuvo la iniciativa de este encuentro, lo necesita para poder pasar página. Créeme, mi objetivo no es hacerle daño..., responde Gabriel con su voz más tierna.

—¡Y aún así, no sería la primera vez!, dice ella amargamente. Vosotros, los Diamonds, tenéis una

idea extraña de las relaciones humanas y de sus consecuencias. ¡No os corroe la culpabilidad que digamos!

—¡Marion!

—No, Amandine, deja que se exprese..., me interrumpe Silas. ¡Saca lo que tengas dentro, Aubrac!

—He dicho todo lo que tenía que decir. Os deseo toda la felicidad del mundo, pero agradecería que, a partir de hoy, me dejarais aparte de vuestras historias. Y a mi hermano también. Ahora, sorprendamos a

Iris y se acabó.

Gabriel y Silas intercambian una mirada, molesta y cómplice a la vez. Con esto, mi mejor amiga se escabulle a la cocina y vuelve rápidamente con una bandeja llena de vasos.

—Bebamos, ¡nos dará ánimo!, exclama riéndose.

La señora lunática en todo su esplendor...

Los minutos transcurren al ralentí. Silas no levanta la cabeza de su teléfono, Gabriel sin embargo

se toma el tiempo de comentar la decoración “*con gusto*” del apartamento. Luego, Marion y él se ponen a hablar de enología. Al parecer por lo que dicen, la botella que acaba de descorchar mi mejor amiga y que le ha regalado su padre es de buena cosecha. Personalmente, los aromas amaderados y afrutados del vino en cuestión son la menor de mis preocupaciones. Tiemblo de impaciencia y de miedo a la idea de oír la puerta abrirse. Los hermanos

Diamonds son extrañamente tranquilos. Demasiado tranquilos...

Ruidos de cerradura, portazo. Unos pasos resuenan en el pasillo, mezclados con las voces de Tristan y de Iris. Esta última precede a su “novio” y entra primero en el salón. Mira fijamente a Gabriel, luego a Silas. A la rubia, de costumbre tan escandalosa, la hemos pillado por sorpresa e intenta batirse en retirada, pero Tristan, que se ha colocado en el marco de la puerta, se lo impide. Al final, se da la

vuelta y nos mira de arriba abajo fríamente, colorada del estupor y la ira. A mi lado, mi amante parece haberse descompuesto. No me ha dado tiempo a preocuparme, la acusada ya ha pasado al ataque.

—¡Qué bonito conjunto! Es una encerrona, por lo que veo... Tristan, imagino que tú tienes algo que ver en todo esto.

—¿Realmente creías que no iba a descubrir nada? ¿Que podrías seguir riéndote de mí para siempre?, le responde, cargado de

desprecio.

—Violette..., logra por fin vocalizar Gabriel.

—¿Qué?!, ruge Silas.

—¿Eres tú, te reconozco!

Violette...

—Concentrémonos, se llama Iris, añade Marion.

—No, se llama Violette Fitzgerald..., pronuncia Gabriel sin lograr ocultar su turbación.

—¿Fitzgerald? Como...

—Sí, Amandine, ¡como Eleanor!, dice enfurecido.

—Me sorprende que me reconozcas, Gabriel. Pensaba que habías borrado de tu memoria todo lo que concierne a mi hermana..., responde con saña.

La cara de mi Apolo se tensa, mira fijamente a su interlocutora, decidido más que nunca a obtener respuestas.

—Precisamente, no he borrado nada, quiero encontrarla.

—¡Pero qué dices! ¡La has remplazado! ¡Con su sosia además! Es repugnante, decías que no la

abandonarías nunca, que nada os separaría...

—Escúchame bien, Violette. Eleanor nos hizo creer a todos que estaba muerta. Me dejó con mi hijo de tres días en los brazos, jamás dio señales de vida en catorce años. ¿Y tú pretendes hacerme creer que yo la traicioné? ¡Abre los ojos, tu hermana está enferma, me arruinó la vida y la de mi hijo, la de mi hermano y tantas otras!

Sus palabras me sientan como una enorme bofetada. Oírle gritar

que Eleanor arruinó su vida es una declaración de amor poco disfrazada. Como si, desde entonces, apenas sobreviviera. Como si yo no hubiera logrado hacerle olvidar su dolor, curar sus heridas. Frente a ellos dos y a sus palabras coléricas, tengo la impresión de no existir.

No es el momento de flaquear...

—Vuestra madre está detrás de todo esto. Es ella quien se deshizo de mi hermana, quien se aprovechó de su debilidad, en el peor

momento... Obligó a Eleanor a disfrazar su muerte para proteger a sus hijos queridos.

—No me creo ni una palabra, gruñe Gabriel.

—Prudence os ha engañado a todos. Y sigue haciéndolo, por lo que veo...

—Incluso si fuera verdad, debería haber sido más fuerte, haber resistido. Todos la queríamos a matar, pero eso no le importaba nada. No pensó más que en ella, como siempre, vocifera Silas.

—Estaba enferma, Prudence podía hacer con ella lo que quisiera. Deberíais haber ahondado, intentar descubrir la verdad en vez de aceptar su muerte tan fácilmente. ¡Jamás visteis su cadáver! ¡Si la hubierais querido, lo habríais hecho, os habríais negado a creerlo mientras no tuvierais pruebas palpables!

—Violette, ¿dónde está?, pregunta Gabriel acercándose a la rubia furibunda.

—¿Estás seguro de querer

saberlo? Y tú, Amandine, ¿qué piensas de todo esto?, dice girándose hacia mí, con una sonrisa malsana en los labios.

—¡Deja a Amandine aparte y dime dónde está!

—¿Amandine?, me interroga, más demoníaca que nunca.

—Díselo, que acabemos de una vez..., suelto yo con un suspiro.

Gabriel me mira y me cuesta descifrar las expresiones que desfilan por su rostro. Una mezcla de alivio y de agradecimiento, me

parece. Frente al silencio de Violette, toda la asamblea se rebela. Tristan, Marion, Silas: me doy cuenta por fin de que Eleanor nos concierne a todos. Estamos unidos por el trágico destino de esta mujer.

¿Y si fuera ella la verdadera víctima de esta historia?

—Está en París, desde hace meses. Desde que decidió retomar el control de su vida, de no huir más, de encontrar al hombre al que ama y sobre todo, recuperar a su

hijo. ¡Virgile es suyo!, grita, como para convencerse de que sus palabras tienen sentido.

—¿Virgile? ¿Suyo? Esta mujer es cualquier cosa menos una madre. Jamás se ha preocupado por él, mi hijo tiene casi 14 años y ha crecido sin su madre. Le han criado los Diamonds y nadie más, me oyes, ¡NADIE!, recalca Gabriel mirándola de arriba abajo.

—Es con Eleanor con quien debes hablar, Gabriel, no con esta... garduña..., añade Silas atrapando a

su hermano por el brazo para hacerle retroceder.

—¿Dónde está en París?, pregunta Marion.

—No revelaré esta información hasta haber hablado con mi hermana. Ella decidirá. Vigila tu teléfono, Diamonds, te mantendré al corriente. Y con esto,...

Rosa da media vuelta, tras habernos mirado fijamente largo rato, uno después del otro. Silas intenta bloquearle el paso, pero Gabriel le disuade...

—Deja que se vaya. Violette, que sepas que si no me contactas, te encontraré.

—¿Ah sí? ¿Igual que has encontrado a Eleanor?, dice irónica.

Junto a mí, mi amante se estremece de rabia, siento que está a un paso de saltar sobre su presa para despedazarla. Pero algo le retiene. La gacela ya se ha alejado, se oye un último portazo y el león no se ha movido. Tras unos segundos de silencio, Gabriel se explica. Ha

contratado a dos detectives para que le informen de los más mínimos gestos y acciones de la joven.

—No iré a ninguna parte sin que la sigan. Incluso si intenta desaparecer, no se me escapará...

Con el ánimo empañado de sueño, me despierto lentamente del limbo. Me obligo a abrir los ojos, aunque preferiría volverme a dormir para detener el tiempo y olvidarme de todo. El cuerpo desnudo y musculoso de Gabriel está a unos centímetros del mío, y

me vuelven al pensamiento las imágenes de la noche pasada. Tras esta confrontación explosiva, dijimos adiós a Marion y Tristan y volvimos a la calma de mi apartamento con una alegría poco disimulada. Silas nos llevó en coche, a Gabriel y a mí, hasta la puerta de mi edificio, y luego se fue a buscar a Camille. Sin pedirme mi opinión, mi amante detallista me prepara un baño y me desnuda con una ternura infinita. Una vez sumergida en esta agua ardiente y

salvadora, alcanzo algo de serenidad. Luego, tras un cuerpo a cuerpo lascivo, Gabriel y yo nos dormimos el uno contra el otro, aún ebrios de placer.

Quisiera borrarla definitivamente de mi memoria y disfrutar de este espectáculo de ensueño, pero Violette-Iris todavía está bien presente. Me hago un ovillo en la funda nórdica como para protegerme de estos recuerdos dolorosos. Luego siento a Gabriel acurrucarse junto a mí. Sus labios

calientes se pegan en lo alto de mi espalda, su cabellera despeinada me hace cosquillas en la nuca, hasta que siento sus manos apoderarse de mis caderas para darme la vuelta. Nuestras caras se miran de frente, casi se tocan, y una vez más me asombra la belleza de sus rasgos, la tersura de su piel, la luminosidad de sus ojos.

—Buenos días Amande dulce y... sexy. ¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que pensaba. No estaba segura de encontrarte a mi

lado al despertarme...

—¿Por qué?

—No lo sé, pensaba que... bueno... que Violette te habría contactado.

—No pienses en eso mi amor..., murmura besándome tiernamente.

¡¿Mi amor?!

¡¿MI AMOR?!

Es la primera vez que pronuncia estas palabras, y es una tontería, pero no puedo evitar analizarlas, examinarlas. Es sospechoso. Mi vocecilla interior me sopla que se

muestra más afectuoso para tranquilizarme, pero que no es sincero. Este “*mi amor*” solo busca calmar mi angustia, acallar mi espíritu torturado, mis celos enfermizos.

¿A quién creer? ¿A él o a mí?

—Vas a reunirte con ella Gabriel... No es más que cuestión de días.

—Sí, y eso me permitirá consagrarme a ti por fin. Ya no nos separará más.

—¿Estás seguro de ello?, le digo

apurada, sintiendo caérseme las lágrimas.

—Amande, si supieras hasta qué punto te amo... Mostraste un valor increíble ayer, estuviste... perfecta.

—Perfecta... Temo ya no serlo para ti cuando ella esté en los parajes.

—Te haces daño, deja de dudar de mí, de nosotros. Voy a solucionar todo esto por mi hijo, no por mí... Mi corazón está ocupado..., añade acariciándome el lado del dorso de la mano.

—Dijiste que te arruinó la vida...

—Sí, me interrumpes, y tú me has salvado. Me has devuelto el gusto por la vida, me has dado ganas de ser yo mismo, no ese robot sin alma que he sido durante tantos años. Eres tú a quien quiero Amandine, tú eres quien deseo, pero no solo eso. Si te perdiera, no sobreviviría. Sobreviví a Eleanor, pero a ti sería imposible.

Estas palabras que soñaba escuchar me afectan como una bomba. Mis sospechas, mis miedos,

mis indecisiones se disipan, mi cuerpo se lanza al suyo y reclama lo que se le debe. Durante dos horas mi amante magnético me hace perder la cabeza, de todas las formas posibles e imaginables. Durante horas, Violette y Eleanor no son una amenaza, ni una sombra que planea sobre nuestros corazones tranquilos.

La burbuja en la que nos hemos refugiado estos tres días acaba estallando. Gabriel, que todavía no sabe nada de Violette, ni de

Eleanor, se despide de mí el lunes de madrugada. Odio las despedidas en general, pero ésta se revela particularmente desgarradora. Seguramente porque soy consciente de la inminencia de su encuentro. También porque este hombre excitante que me llama “*mi amor*” se ha convertido en mi droga, por no decir mi razón de vida. La idea de separarme de él una semana me da dolor de estómago. Su ausencia suscita en mí una falta no solo afectiva, sino también física. Como

si una mano con garras aceradas se introdujera en mi vientre y lo arrancara a su paso...

La diferencia es que esta vez, Gabriel me llama todos los días, me envía mensajes románticos, emails pícaros y paquetes sorpresa. Se ha dado cuenta de hasta qué punto me afectaba cada separación, e intenta hacer que esta sea más soportable. Saber que me echa de menos, que desea estar conmigo, me da fuerza para sobrellevarlo. Todos estos detalles me ayudan a soportar el día

a día: los cambios de humor de Marion, las extravagancias de Ferdinand, los ataques de histeria de Marcus, los monólogos quejumbrosos de Camille.

El jueves por la tarde, tras una jornada de trabajo interminable salpicada de fracasos sucesivos, dejo que mi madre me convenza y acepto su invitación a cenar. Por mucho que se haya curado, sigue utilizando su tarjeta “*¡casi me voy al otro mundo!*” para obtener todo lo que quiere. Solo al llegar a casa

de mis padres me entero de que Camille y Silas también vienen.

Grrr...

No estoy como para disertar sobre Eleanor, Violette, Prudence o quienquiera. Pero con esos dos ahí, me espero lo peor...

—Entonces, ¿la ha encontrado por fin?, me pregunta mi hermana sin tomarse la molestia de saludarme.

—Camille, ¿podemos hablar de otra cosa?

—¿Lo dices en serio? ¡Ni siquiera estuve allí cuando afrontasteis a

Iris! Quiero decir, Violette. Bueno, ya sabes...

—Sí, yo sí que estaba allí, y créeme, preferiría olvidar ese numerito.

—¡También me concierne a mí! Silas se llevaba muy bien con Eleanor, se puede decir que ha criado a Virgile, pero extrañamente, me han dejado de lado en esto. Como de costumbre..., añade haciéndose la víctima.

—¡A comer!, grita mi padre, mientras Silas me da dos besos y le

pide a mi hermana que me deje tranquila.

¡Vaya! ¡Qué novedad!

No he comido casi nada en cuatro días, por eso devoro con un apetito feroz dos platos de bœuf bourguignon. Mi madre aprovecha para decir a todos los comensales que estoy demasiado delgada, que debería trabajar menos y dormir más. Mi padre sale a mi rescate y replica que estoy perfecta como soy, lo que molesta a Camille. La señora centro-del-mundo se siente

excluida... Como buena hermanita que soy, aprovecho la ocasión para decirle que su nuevo flequillo le queda fenomenal. Evidentemente, no puede reprimir mandarme a paseo...

—Gracias, no eres la primera en decírmelo. Pero no me copies, no te quedará bien, tu frente es demasiado pequeña.

Inspira... Expira...

Nos estamos levantando de la mesa cuando suena mi melodía de Oasis. Veo el nombre de Gabriel

aparecer en la pantalla y me alejo rápidamente antes de descolgar. Le echo muchísimo de menos y me sorprendo a esperarme lo imposible: que me anuncie que está ahí, a la puerta...

Estás soñando...

—¿Sí?

—Amandine..., resopla, casi susurrando.

En ese momento, lo entiendo todo. Mi corazón se me estrecha tanto que me cuesta respirar...

—...

—Me he reunido con ella... ¡Me he reunido con Eleanor!, dice, con voz temblorosa.

—Me lo había imaginado... ¿Qué impresión te da? ¿Cómo te... sientes?

—No lo sé... Ya no lo sé.

Ya se me caen las lágrimas. Acaba de apuñalarme en pleno corazón.

Continuará...

¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Suya, cuerpo y alma - Volumen 1

"Suya, cuerpo y alma es sin duda la mejor novela erótica publicada desde Cincuenta sombras de Grey."

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

Olivia Dean

Suya...

Cuerpo y alma

Volumen 1